



FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
Grado en Relaciones Internacionales

Trabajo Fin de Grado

Historia de Venezuela

El chavismo: nacimiento y arraigo de una
transgresora corriente ideológica

Estudiante: **Cristina Aguilar-Tablada Morey**

Director: Emilio Sáenz-Francés San Baldomero

Madrid, junio 2020

A mis padres, por haber confiado en que aprovecharía esa segunda oportunidad. A mi hermana Rocío, por ochenta maravillosos días de pandemia juntas y por haberme prestado ese envidiable conocimiento de la Lengua. A mi tutor, Emilio Sáenz-Francés, por acompañarme durante este proceso ofreciéndome siempre libertad y consejo. A los casi seis millones de venezolanos exiliados, para que llegue el día en que Dios escuche sus plegarias y puedan regresar, sanos y salvos, a reconstruir esa tierra que un día fue su hogar.

ÍNDICE

Introducción	4
Resumen.....	6
Abstract.....	7
Descubrimiento e independencia de Venezuela (1492 – 1958)	8
Descubrimiento de Venezuela	8
Nombre de Venezuela	8
Colonización Española.....	9
Revolución e independencia.....	10
Venezuela independiente y dictatorial 1830 – 1958.....	12
Era del caudillismo 1830 – 1898.....	12
Restauración y rehabilitación (1899 – 1935)	14
El surgimiento de la Venezuela moderna (1935 – 1958)	15
Historia de la Venezuela democrática, 1959 – 1993	18
Período del Puntofijismo.....	18
Dimensión económica: el modelo de desarrollo	21
Dimensión política: modelo de hegemonía.....	24
La crisis del modelo “Puntofijista”	26
Hugo Rafael Chávez Frías	33
Historia del chavismo.....	34
Ideología Chavista.....	47
Conclusiones.....	54
Bibliografía.....	59

Introducción

Hace ya casi un año, once meses para ser exactos, regresé a España después de haber pasado cinco meses viviendo en América Latina. Cuatro de ellos los pasé en Montevideo, de intercambio universitario y uno recorriendo, “mochila al hombro”, gran parte de la región. Durante todo ese tiempo, aparte de viajar, de conocer a decenas de personas de diferentes países y culturas y de hacerle un hueco en mi corazón a ese espectacular lugar, no hice más que encontrarme con exiliados venezolanos: en Uruguay, en Argentina, en Perú, en Chile, en Brasil y hasta en el último y más perdido pueblo de Bolivia, del que prefiero no acordarme. Una vez de vuelta en Madrid y con el trabajo de fin de grado de Relaciones Internacionales por delante, este tema que tanto me había dado que pensar en los meses anteriores surgió como opción evidente. Probablemente la parte más difícil de haber hecho este trabajo haya sido escribir desde una perspectiva neutral, intentando borrar de mi memoria las cientos de historias de terror que durante esos cinco meses me fueron contando. Puedo asegurar que desde entonces, mis oraciones van en gran parte dirigidas hacia esos millones de personas que, con la valentía por maleta, han tomado la firme decisión de dejar atrás a padres, amigos, carreras universitarias, propiedades y el recuerdo de un país que un día fue su hogar, para huir del espanto en el que lo han convertido con la esperanza, no sólo de encontrar oportunidades de futuro sino también de poder dejar atrás el instinto de supervivencia y volver a respirar en paz.

Si hay algo que siempre ha despertado mi curiosidad durante estos seis años de estudios de relaciones internacionales han sido sin duda esas historias sobre países que, prácticamente de un día para el otro, experimentaron retrocesos políticos o económicos radicales; esos países que un día lideraron los índices mundiales de bienestar económico y que ahora se sumergen en la pobreza, o que cambiaron democracias a priori estables por tiranías fundamentadas en el terror. A principios del siglo XX, Argentina tenía uno de los PIB per cápita más altos del mundo, en los años setenta, la mujeres en Irán llevaban minifalda y en los ochenta, la clase media venezolana se compraba vestidos en tiendas de París. ¿Cómo es posible que unas pocas décadas más tarde todo esto parezca el fruto de un bonito sueño?

Muchas han sido las corrientes que a lo largo de los años han abordado el estudio de la Historia como una ciencia más, esas que reciben el nombre de corrientes historiográficas. Desde el Positivismo hasta el Materialismo, pasando por el Historicismo o la Escuela francesa de los Annales, la realidad ha sido que las personas que se han dedicado a escribir la Historia no siempre se han conformado con estudiar los acontecimientos aislados, sino que también han querido profundizar en las causas, las circunstancias o la influencia que determinados individuos ejercieron para que estos acontecimientos tuvieran lugar. Estudiar la historia política de Venezuela con el fin de entender por qué una corriente ideológica tan transgresora irrumpió en el panorama político después de haber estado casi cuarenta años en democracia, desde luego necesita de un estudio que vaya más allá de los simples hechos históricos. Por eso este trabajo se va a abordar desde la perspectiva historiográfica de la Escuela de los Annales, escuela que mezcla el análisis de los acontecimientos con análisis de discursos, de estructuras sociales, de procesos y de políticas comparadas. La Escuela ofrece una visión holística, entendiendo que el estudio de la Historia es capaz de descubrir las características de un grupo social y cómo luego éstas se derivan en forma de estructuras políticas y económicas. *“Lo que distinguía a Bloch y a Febvre (máximos exponentes de esta corriente) de los marxistas de su época era precisamente el hecho de que el entusiasmo de ambos hombres por la historia social y económica no estaba combinado con la creencia de que las fuerzas económicas y sociales lo determinaban todo”* (Burke, 1990). Aunque el núcleo del trabajo sea histórico, bebe también de esta corriente historiográfica porque en conjunto con una cronología política del país, ofrece un análisis pormenorizado del proceso de cambio que ha ido sufriendo la estructura económico-social del país, así como del discurso del comandante Chávez con el fin último de obtener una imagen global sobre Venezuela que permita entender por qué se llegó la situación de extrema violencia y pobreza que sacude al país hoy en día.

Resumen

Análisis histórico de la corriente ideológica que se formó a finales del siglo XX en torno a la figura del teniente coronel y luego presidente venezolano, Hugo Rafael Chávez Frías. Este trabajo pretende hacer un recorrido a lo largo de la historia de Venezuela, desde su nacimiento como país independiente en 1811 hasta la muerte del general Chávez en 2013, abstrayendo una imagen global acerca del país, de su bagaje político-económico y de su estructura social, con el fin de averiguar las posibles razones que llevaron al pueblo venezolano a votar democrática y continuamente por una figura política tan transgresora.

En conjunto con el análisis histórico, se efectuará también un estudio sobre esta corriente ideológica, el chavismo, de origen bolivariano pero derivada de la propia personalidad y carisma del general, con el fin de establecer su impacto como “germen” del nuevo socialismo en la región de América Latina. Se finalizará con una breve observación acerca de si se puede considerar que esta corriente continuó tras el fallecimiento del general, con la actual presidencia de Nicolás Maduro, o si, por el contrario, murió cuando su elemento carismático así lo hizo.

<p>Palabras clave: Venezuela, venezolano, corriente ideológica, chavismo, Hugo Chávez, económico, político, social.</p>
--

Abstract

Historical analysis of the ideological current that was formed at the end of the 20th century around the figure of the lieutenant colonel and then Venezuelan president, Hugo Rafael Chávez Frías. This work aims to make a journey through the history of Venezuela, from its birth as an independent country in 1811 until the death of General Chavez in 2013, abstracting a global image about the country, its political-economic background and its social structure, in order to find out the possible reasons that led the Venezuelan people to vote democratically and continuously for such a transgressive political figure.

In conjunction with the historical analysis, a study will also be carried out on this ideological current, Chavismo, of Bolivarian origin but derived from the general's own personality and charisma, in order to establish its impact as the "seed" of the new socialism in the Latin American region. It will end with a brief observation as to whether this current can be considered to have continued after the general's death, with the current presidency of Nicolás Maduro, or if, on the contrary, it died when its charismatic element did.

Keywords: Venezuela, Venezuelan, ideological current, chavismo, Hugo Chávez, economic, political, social.

Descubrimiento e independencia de Venezuela (1492 – 1958)

Descubrimiento de Venezuela

Después de unos dos años de lucha, el 30 de mayo de 1498 y con el grupo de expedición ya formado, Cristóbal Colón partió de Sanlúcar para realizar su tercer viaje, el único de los cuatro en el que llegó a la parte continental de América del Sur. Durante esta tercera expedición descubrió las llamadas “Islas de las Perlas”, a las que dio el nombre de Las Margaritas, situadas en la costa noreste de Venezuela. Concluido el viaje, decidió bautizar a la región como Tierra de Gracia por haber encontrado “*unas tierras las más hermosas del mundo*” con “*temperatura suavísima y árboles verdes y hermosos, como en abril las huertas de Valencia*” (Moreno, 1974). Una vez descubierto el territorio venezolano, la segunda expedición la dirigió el explorador español Alonso de Ojeda, acompañado de unas cincuenta personas más, entre las que se encontraban el piloto Juan de la Cosa y el cartógrafo italiano Américo Vespucio (Moreno, 1974). A partir de este momento, numerosas expediciones españolas volvieron al lugar para explotar las grandes cantidades de ostras de perlas que había en las islas. Éstas se convirtieron de hecho en uno de los recursos más valiosos del Imperio Español entre 1508 y 1531.

Nombre de Venezuela

Existen dos teorías acerca de la etimología de Venezuela. La primera de ellas y más popular, sostiene que su nombre proviene de “pequeña Venecia”, (Venezziola en italiano) porque Américo Vespucio encontró una gran similitud entre esta ciudad y las chozas de los nativos indígenas, por estar construidas sobre estacas plantadas en el lago. Una segunda teoría sostiene que, en realidad, Venezuela tiene su origen en la lengua aborigen autóctona y que se derivaría de los vocablos “vene” y “zuela”, que significarían “agua” y “grande”. A este respecto, Antonio Vázquez de Espinosa escribió: “*Venezuela en la lengua maternal de aquella provincia quiere decir Agua Grande, por la gran laguna de Maracaibo*” (Espinosa, 1969).

Colonización Española

La colonización de la Venezuela continental comenzó en el año 1502 cuando España estableció el primer asentamiento permanente en la ciudad de Cumaná, a 400 kilómetros al este de Caracas. Antes de la llegada de los españoles, los indígenas estaban organizados principalmente en pequeños grupos de agricultores o cazadores a lo largo del río Orinoco, la costa y la cordillera de los Andes, y vivían del campo. Con la llegada de los colonos, comenzaron a formarse las primeras comunidades y ciudades, y los españoles empezaron a forjar las estructuras territoriales y de poder. En un primer momento los reyes gobernaban sus tierras americanas a través de personas de confianza y autorizadas, pero con el paso del tiempo la estructura evolucionó desde organismos colegiados y adelantados, hasta tener audiencias, virreinos, gobernaciones, presidencias y capitanías generales. En 1717, la dinastía de los Borbones proclamó el Virreinato de Granada, del que formaban parte los actuales estados de Colombia, Venezuela, Ecuador, Panamá y Guayana y, más tarde, en 1777, la corona estableció la Capitanía General de Venezuela o Reino de Venezuela, con un territorio bastante similar al que ocupa actualmente.

Con respecto a la economía de la región, al ocurrir los descubrimientos de grandes cantidades de metales preciosos, el régimen económico que se implantó fue el mercantilismo, que según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española (2014), es un *“sistema económico que atiende en primer término al desarrollo del comercio, principalmente al de exportación, y considera la posesión de metales preciosos como signo característico de riqueza”*. Para poder obtener estos metales y cumplir con el objetivo inmediato de comercializarlos, era necesario tener una balanza de pagos favorable, es decir, vender más de lo que se compraba, resultando en un aumento considerable de la producción. El predominio del mercantilismo es la razón por la que la economía venezolana acabó teniendo un carácter minero durante sus primeros años. Por otro lado, también se desarrolló la ganadería y la agricultura debido a la imposibilidad de abastecer todo el territorio desde España, así como el cultivo del tabaco, el cacao y el café. Este último fue la materia prima más importante y característica de la economía de la región en la época, pues se puede decir que Venezuela, antes de convertirse en un país petrolero en 1926, fue un país cafetero (Farías, 1946). Además, en comparación con el resto de las dependencias hispanoamericanas, Venezuela tuvo mucho más contacto con

Europa por su cercanía con las islas francesas y británicas del Caribe, y esto la llevó a convertirse en una potencia intelectual con universidad propia en 1721, donde ya se enseñaba, entre otras muchas materias, ingeniería, medicina o latín (Langue, 2010).

Revolución e independencia

La ineficacia del régimen económico y político de la monarquía en América acarrió la emancipación política de sus colonias. Existía un claro desacuerdo entre la forma de operar del sistema español y la realidad que se vivía en América y, por mucho que se intentaran frenar, las corrientes ideológicas de la nueva Constitución política de los Estados Unidos y de los Derechos del Hombre de la Revolución Francesa ya habían empezado a calar en la sociedad sudamericana. Con respecto a este movimiento de independencia de todas las colonias en América del Sur, dice Arellano:

“no era que se habían puesto de acuerdo previamente, sino que descansaban sobre las bases materiales e ideológicas comunes y en contraste con la evolución y las necesidades americanas. Por esto, en todas ellas, se observan programas similares, que en esencia abogan por reformas económicas y de autodeterminación política”, (Moreno, 1974).

En el caso de Venezuela, la mezcla entre el malestar económico que se venía acentuando desde 1776 y la invasión francesa de España en 1808 fueron los detonantes del estallido del movimiento para la independencia. El 5 de julio de 1811, el primer Congreso venezolano declaró la *solemne independencia absoluta de Venezuela*, naciendo entonces la Primera República de Venezuela, nación libre e independiente del Imperio Español. Cabe reconocer que fue una de las primeras colonias hispanoamericanas que declaró su independencia, junto con Paraguay, sin embargo, esta nueva República apenas duró un año. Las zonas republicanas habían sido duramente azotadas por un gran terremoto en marzo y muchos altos cargos del ejército y de provincias que seguían siendo leales a la Corona aprovecharon esta circunstancia para terminar con ella. El 25 de julio de 1812 el

capitán del ejército republicano, Francisco de Miranda, firmó una capitulación en la que las zonas republicanas reconocían de nuevo a las Cortes españolas.

Apenas otro año después, Simón Bolívar, líder venezolano destacado de la emancipación hispanoamericana frente al Imperio español y fundador de las Repúblicas de la Gran Colombia y Bolivia, lideró lo que se acabó denominando la “*Campaña Admirable*”, invadiendo en tan sólo cuatro meses las provincias de Mérida, Barinas, Trujillo y Caracas con el fin de retomar Venezuela, declarando el 7 de agosto de 1813 la Segunda República. Este nuevo régimen, hijo de las armas y no de una constitución consensuada como había sido el caso de la Primera República, fracasó a los dieciséis meses por falta de experiencia y unidad nacional entre los patriotas (Moreno, 1974). Desde ese momento, la sociedad venezolana quedó dividida entre realistas (partidarios del Imperio) y patriotas, y fue una época caracterizada por la agresividad y la crueldad entre los ciudadanos de ambos bandos, pues cada uno defendía unos principios muy férreos que “*pertenecían a esa nación caballeresca y valiente España, pero obstinada y cruel*” (González, 2018). Prueba de ello es que más tarde se la conociese como la “*Época del Terror*”.

Venezuela logró conquistar la independencia duradera únicamente como parte de la campaña de Simón Bolívar para la liberación de Nueva Granada, cuando se instauró la República de Colombia (1819-1830), más conocida como la Gran Colombia, que abarcaba los territorios actuales de Colombia, Ecuador, Panamá, y Venezuela, y partes del noroeste de Brasil, el oeste de Guyana y el norte de Perú. Este nuevo territorio se declaró país independiente de España en 1821 bajo el mandato de Bolívar, el “*Libertador*”, quien defendía la idea de que un Estado quedaba debilitado frente a un sistema de gobierno federal (de ahí que las dos constituciones de la Gran Colombia favorecieran un gobierno central, controlado desde Colombia). Éste era un sistema que perjudicaba a la mayoría de los venezolanos por una sencilla cuestión geográfica así que, en conjunto con el sentimiento de aprobación hacia el movimiento de independencia bolivariano, empezó también a crecer en Venezuela un fuerte sentimiento anti – Bolívar. Poco a poco, la Gran Colombia se fue disolviendo por diferencias políticas entre partidarios del centralismo y del federalismo y, finalmente, Venezuela se constituyó como país soberano independiente en 1831, condición que conserva hasta el día de hoy.

Venezuela independiente y dictatorial 1830 – 1958

Era del caudillismo 1830 – 1898

La historia política de Venezuela a partir de su independencia definitiva y durante el resto del siglo XIX va a estar marcada por la toma de poder de diferentes caudillos, “hombres fuertes”, en su mayoría de origen militar, que se dedicaron a competir por su influencia.

La separación e independencia de la Gran Colombia no hizo mucho por la unificación de Venezuela, que estaba fuertemente dividida por entidades regionales con poder y autonomía. Cuando los lazos con España se rompieron definitivamente, en toda Latinoamérica se fueron creando grandes vacíos de poder y en Venezuela ese vacío se fue llenando por multitud de centros de control que reemplazaban las jurisdicciones administrativas coloniales. Se puede decir que Venezuela simplemente se convirtió en país independiente pero que seguía firmemente fragmentada en identidades regionales de carácter muy acentuado. La personalización de la acción política y el resurgimiento de estas identidades regionales son los elementos que marcaron la política venezolana a lo largo del siglo XIX, siglo en el que cabe subrayar que únicamente hubo dieciséis años de paz (Tarver, 2018).

Tras ganar entonces la retórica federalista en Venezuela después de la disolución de la Gran Colombia, José Antonio Páez, conservador que había luchado por la independencia de su país junto a Bolívar, estableció un gobierno provisional y se proclamó presidente de la Cuarta República de Venezuela, convirtiéndose en el primer presidente de la Venezuela independiente. Cansados de la retórica centralista del gobierno de Bogotá, el pueblo venezolano vio en Páez la figura de un caudillo que podía avanzar en el camino de la independencia de Venezuela. Tal era el desprecio que se había ido formando en torno a la figura del “Libertador” que los habitantes de la ciudad de Valencia pidieron a Páez que prohibiera el regreso de Bolívar a suelo venezolano, los de Puerto Cabello pidieron que su nombre fuera “condenado al olvido”, y así se hizo. Páez dijo a este

respecto que, a pesar de la dura decisión de condenar a su amigo al exilio, esa fue quizás la mejor forma de evitar una guerra civil en Venezuela (Tarver, 2018). Años más tarde, el ya expresidente venezolano Hugo Chávez Frías, objeto del presente estudio, intentará revivir el sueño bolivariano condenando innumerables veces su exilio, elevando su figura a la de un mártir y asegurando que por fin se daban en Venezuela las condiciones para llevar a cabo la revolución social que en su día el Libertador había dejado pendiente.

“Bolívar vino a tratar de hacer en estas tierras magia, empeño heroico, y vaya empeño, era imposible hacer una revolución social y él se dio cuenta al final, y prefirió el martirio, prefirió cual cristo la cruz, prefirió la ignominia, prefirió el desierto, prefirió la soledad a dejarse llevar por las fuerzas dominantes. Era imposible hacer en esos años... en estas tierras, una revolución social. Las condiciones no existían, pero él vino como adelantado, como si hubiera venido de otro planeta a tratar de hacer lo imposible... cuando un día dijo “volando por entre las próximas edades, mi imaginación se fija en los siglos futuros, y mirando desde allá, veo con admiración y pasmo a esta inmensa región como un pueblo libre, una gran república unida, sentada sobre el trono de la gloria, coronada por la justicia”, mostradle al mundo antiguo la majestad del mundo moderno”... “y hoy, a pesar de las dificultades, a pesar de las grandes amenazas que sobre nosotros se ciernen, aquí estamos, dando la lucha que Bolívar nos dejó pendiente, y yo hago un llamado a todos a que sigamos el ejemplo de Bolívar, incluso si nos tocara de nuevo su propio destino, incluso si tuviéramos que cruzar cien desiertos y cargar cien cruces sobre los hombros, ese es el ejemplo que nos dio Bolívar, incluso si nuestro destino fuera Santa Marta de nuevo, sigamos su ejemplo, será abono para las futuras generaciones”. Con el Mazo Dando (23 de julio de 2015). Chávez Invicto: Seguir la lucha que Simón Bolívar dejó pendiente. YouTube (Vídeo). <https://www.youtube.com/watch?v=LZ67E8APOWg&t=8s>

Lo que ocurrió a continuación en Venezuela fue una consecución de guerrillas, luchas de poder y traspaso de mandos entre unos caudillos y otros, entre gobiernos de carácter militar y gobiernos de carácter civil, entre unos mandatos magnánimos y otros más crueles y autoritarios donde cabe resaltar el drama de la Guerra Federal, también conocida

como Guerra Larga o Guerra de los cinco años (1859 – 1863), que sumió al país en una sangrienta guerra civil entre conservadores y liberales (Moreno, 1974).

Restauración y rehabilitación (1899 – 1935)

Durante este período donde el caudillismo continúa siendo el elemento protagonista, destaca la dictadura vitalicia del General Juan Vicente Gómez. Se había ido formando en torno a su figura un sentimiento de esperanza generalizado, tanto por parte de los actores políticos, como por parte de los económicos y del pueblo, se veía como un individuo que podía “salvarlos” de las continuas guerrillas y luchas de poder. En 1910 fue elegido de forma unánime por el parlamento como presidente constitucional para el período 1910 – 1914, pero quien sería apodado el “Benemérito”, “la providencia” o “el rehabilitador” durante sus primeros años de presidencia, acabó tornándola en una dictadura que sólo pudo llegar a su fin con la propia muerte del general en 1935. Las palabras del joven literato Rómulo Gallegos (futuro presidente de la nación) para la revista La Arbolada en su primera edición en el año 1909, describen con precisión las esperanzas que se habían puesto sobre su figura:

Solemne hora decisiva para los destinos de la Patria es la que marca la Actualidad (sic). En el ambiente en que ella ha creado parecen advertirse las señales (...) de aquel milagro político desde largo tiempo esperado como única solución eficaz del complejo problema de nuestra nacionalidad republicana ... Los que ayer se hubieran apiñado en multitudes airadas para derrocar el régimen tiránico y oprobioso, se agrupan hoy en patriótica jornada de civismo, en torno al hombre en cuyas manos depositó la suprema voluntad de la ciudadanía, la suerte del país.... Y esta esperanza que en confianza van condensando los acontecimientos (...) se suma para la obra común de reedificación nacional.
(Caldera, 2013)

Bajo el mandado del general Gómez se conformó el Estado moderno en Venezuela y el país se fue transformado drásticamente en cuanto a infraestructuras, medios y economía

se refiere. Su figura ha pasado a la historia rodeada de una amplísima controversia pues, a pesar de haber gobernado de manera férrea y opresiva, también impulsó a su país hacia una nueva época: abrió las primeras aerolíneas venezolanas; llevó a cabo importantes obras públicas como puentes, edificios de aduanas, caminos y concesiones ferroviarias; encargó la construcción de los primeros aeropuertos, de las primeras terminales de autobuses y construyó la famosa Carretera Trasandina (Yejan, 2016). Se propuso alcanzar la producción mínima necesaria para poder ingresar al sistema económico global y así ocurrió, lo que llevó al país de una economía feudal a una nación moderna y subordinada al nuevo sistema capitalista mundial. Como bien explica el historiador y reconocido catedrático venezolano Germán Carrera Damas, la esencia del proyecto liberal del general *“es ni más ni menos que la apertura forzada de las puertas de Venezuela al imperialismo en expansión desde finales del siglo XIX”* (Damas, 1991). Gómez consiguió recuperar la confianza del panorama internacional en Venezuela y restableció muchas relaciones diplomáticas rotas por sus predecesores, donde se destaca la buena relación con Estados Unidos. Siendo Gómez un liberal conservador de carácter muy marcado, es posible establecer ciertos paralelismos con el general Chávez en cuanto a su expresa voluntad de perpetuar en el poder hasta el día de su muerte y en cuanto a su afán por alcanzar una Venezuela mejor a través de la construcción de grandes infraestructuras.

El surgimiento de la Venezuela moderna (1935 – 1958)

Los gobiernos tras la muerte de Gómez perpetuaron el carácter militar, quedando el poder a cargo de una Junta Revolucionaria de Gobierno cuyo primer alto mando y presidente fue el ministro de guerra de Gómez, el general López Contreras, y el segundo, un amigo personal del primero, el general Isaías Medina Angarita, líder del Partido Democrático de Venezuela (PDV). Ambos fueron más democráticos que su predecesor, menos opresivos y más indulgentes. Permitieron que los partidos políticos salieran a la luz y muchos fueron los que afloraron, aunque algunos se acabaron prohibiendo nuevamente tras tornarse agresivos. Cualquier exaltación de tipo comunista estaba prohibida por la Constitución, pero Medina Angarita decidió legalizar los partidos de esta corriente, provocando que muchos de sus líderes tradicionales regresaran del exilio. Se permitieron huelgas y se creó un ministerio de trabajo, pero todavía quedaba una asignatura pendiente: el derecho a voto. La oposición construida alrededor del poder

gomecista había ido generando un discurso a favor del voto directo, universal y secreto, que chocaba de frente con la supervivencia del “gran elector” que personificaban López Contreras y Medina Angarita (Herrera, 2013). El 18 de octubre de 1945 el general Angarita fue derrocado por un golpe de Estado fruto de la combinación entre una rebelión militar y un movimiento popular liderado por el recién formado partido político Acción Democrática (AD). Según el criterio del escritor Rafael Arríaz Lucca, *“el resultado fundamental de aquel hecho histórico fue la promulgación de una nueva Constitución Nacional, donde quedaba enmarcado el voto directo, universal y secreto”* (Herrera, 2013). AD se establece entonces en el gobierno y decide realizar unas elecciones libres y democráticas. Es destacable que, para esas nuevas elecciones, los miembros de la Junta Revolucionaria de Gobierno se inhabilitaron a sí mismos, dando a entender que podía ser el fin los planes políticos personalistas. Las elecciones tuvieron lugar en 1947 donde se dieron cita muchos partidos políticos, entre ellos el líder del golpe y partido gobernante, Acción Democrática (AD) y el Partido Comunista de Venezuela (PCV), con su histórico y recién repatriado líder, Gustavo Machado. Como cabía esperar por el ambiente popular que reinaba, el literato (y por lo tanto civil) Rómulo Gallegos, cabeza de Acción Democrática, ganó las elecciones, auspiciando un futuro venturoso donde se intentarían borrar tres décadas de mandatos militares. Lamentablemente, este gobierno sólo duró nueve meses y nueve días y estuvo caracterizado por los excesos de su partido, que llevaba en el poder desde 1945 y por estar en constante amenaza por las intrigas que un gobierno civil generaba en el seno de las Fuerzas Armadas. El 24 de noviembre de 1948 un nuevo golpe de Estado derrumbó el proyecto democrático, desbancando a Rómulo Gallegos e iniciando una nueva dictadura militar. *“El país iniciaría el transitar por nuevos derroteros, que tendrían la estampa de las botas y el uniforme militar de Marcos Pérez Jiménez”* (Lucca, 2011).

Aparece entonces la segunda figura más relevante de este período junto con Juan Vicente Gómez, el militar Marcos Pérez Jiménez. Como recién se ha mencionado, en noviembre de 1948 se terminó el período de democracia en Venezuela, también llamado Trienio Populista o Trienio Adecó (denominativo de los miembros de Acción Democrática), con un golpe de Estado que estuvo liderado por los militares Marcos Pérez Jiménez y Carlos Delgado Chalbaud. Al principio, el poder se estableció en una Junta Militar de Gobierno hasta que en 1950 se modificó el acta constitutiva para eliminar el carácter militar y pasó

a ser únicamente una Junta de Gobierno. En este momento, los líderes prometieron al pueblo regresar a la legalidad democrática y respetar su voluntad por medio de unas elecciones libres que tendrían lugar en 1952. Cuando los primeros resultados electorales demostraron que otro partido (la Unión Republicana Democrática) iba a ganar, un grupo de militares nuevamente liderados por el coronel Marcos Pérez Jiménez y en nombre de su partido, el Frente Electoral Independiente, volvió a tomar el poder por la fuerza, estableciendo una nueva dictadura de carácter militar que gobernaría Venezuela hasta 1958.

Marcos Pérez Jiménez defendió que el poder en Venezuela debía responder a la idea de gobernar con la eficacia propia del carácter militar, y en base al concepto de “servir y hacer servir”, referido a la responsabilidad de servir al Estado. El coronel estableció una serie de doctrinas con un carácter militar y conservador muy acentuado a las cuales el Gobierno y los organismos institucionales y administrativos debían ceñirse para alcanzar los objetivos estatales que se fueran marcando (Manrique, 2005). Su gobierno es otro ejemplo de dictadura militar de carácter autoritario y personalista en el país sudamericano en cuestión, donde la oposición quedó prohibida y nuevamente condenada a la clandestinidad y donde se censuraron y cerraron medios de comunicación. Ese carácter personalista tan típico en la región le condujo a la idea de mantenerse en el poder mediante un plebiscito, circunstancia que produjo un fraccionamiento en el seno de las Fuerzas Armadas que hasta el momento le habían apoyado por completo. Esta ruptura interna en conjunto con los sentimientos populares encontrados terminó por derrocarlo a través de un movimiento cívico – militar en 1958, famoso por desembocar en una verdadera y duradera democracia para Venezuela.

Se establece entonces un gobierno de transición bajo el mando del vicealmirante Wolfgang Larrazábal y se organizan unas nuevas elecciones democráticas, las cuales gana Rómulo Betancourt, miembro original de la Junta de Gobierno, cabeza de Acción Democrática y comúnmente conocido como “padre de la democracia venezolana”. A partir de este momento y hasta el año 1999, se establece en Venezuela un régimen verdaderamente democrático mediante un conocido pacto que consiguió poner de acuerdo a todos los actores sociales de la nación; el llamado “Pacto de Punto Fijo”

Historia de la Venezuela democrática, 1959 – 1993

Período del Puntofijismo

Tras el derrocamiento de la dictadura militar de Marcos Pérez Jiménez en 1958, comenzó en Venezuela un largo periodo democrático, comúnmente conocido como el periodo del “puntofijismo” por el famoso pacto político de Punto Fijo, del que más adelante se escribirá. Mientras en el resto de América Latina afloraban los gobiernos militares, la democracia venezolana se presentaba, de manera envidiable, con una solidez excepcional en la región. Dicha solidez fue resultado del consenso de la sociedad en torno a un proyecto político común mediante el cual se estructuró el funcionamiento de la economía y de la política del país por medio de una serie de pautas. Estas pautas establecieron un marco para la *relación entre los gobernantes y los ciudadanos, en el ámbito de la política, y entre el capital y el trabajo, en el ámbito de la economía* (Bistoletti, 2011) y fueron oficializadas por medio de una serie de pactos políticos celebrados entre 1958 y principios de los años sesenta.

La sociedad venezolana había celebrado con júbilo la caída del régimen dictatorial, pero la incertidumbre acerca del futuro se podía palpar en el ambiente. El descontento popular, la agitación política y el fantasma del regreso de un dictador respaldado por algunos sectores de las fuerzas armadas, presentaban un panorama incierto donde se intuían tres posibles alternativas: en primer lugar, cabía la posibilidad de que se reacomodara un nuevo gobierno militar, más fuerte incluso que el anterior. En segundo lugar, se barajaba la subida al poder de los revolucionarios y poderosos partidos de izquierda, que estaban siendo alentados por la atmósfera tan efervescente que había dejado tras de sí la caída del régimen. En tercer y último lugar, existía la posibilidad de que se formara un gobierno reformista donde todos los actores sociales del país, partidos políticos, patronales, sindicatos, iglesia y fuerzas armadas, estuvieran representados. Esta última era, sin lugar a duda, la más anhelada por el pueblo, cansado de ser utilizado dictadura tras dictadura para los fines de aquellos que lograban asentarse en el poder. Finalmente, y bajo un asombro generalizado, los principales actores sociales consiguieron alcanzar un acuerdo y la tercera opción prevaleció sobre el resto (Kornblith, 2003). Tiene lugar entonces la firma del ya nombrado Pacto de Punto Fijo (1958), tan significativo por su carácter

simbólico más que por su contenido, pues era la primera vez que los principales partidos políticos, Acción Democrática (AD), el Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI) y Unión Republicana Democrática (URD), generalmente enfrentados entre sí, se ponían de acuerdo, transfiriendo además el poder de decisión de lo militar a lo civil. Este pacto consagró el compromiso de los políticos y sus partidos con la estabilidad de la democracia y, en líneas generales, determinó la realización de elecciones libres y periódicas, la obligación de aceptar los resultados electorales, incluyó la participación de la oposición en las decisiones mediante un programa mínimo común de gobierno y excluyó nuevamente al Partido Comunista de Venezuela (PCV) del sistema político.

Concretados los primeros arreglos surgió la necesidad de establecer pautas en materia del desarrollo del país. Así, se celebró el Pacto de Avenimiento Obrero-Patronal (abril de 1958), firmado por la Federación de Cámaras de Comercio y Producción (FEDECAMARAS) y por el Comité Social Unificado en representación de las patronales y los sindicatos (Mena, 2018). De esta manera, las patronales formalizaban su compromiso con la transición democrática y, al mismo tiempo, se hacía partícipes a los sindicatos del establecimiento del nuevo régimen. Casi por primera vez en la historia de este país se estaban teniendo en cuenta las solicitudes del pueblo y de los trabajadores, y de ahí el éxito rotundo que tuvo sobre la opinión pública. A grandes rasgos, el acuerdo limitó las aspiraciones salariales de los trabajadores a cambio de que las clases dominantes se comprometieran con la democracia. Esto, que en un primer momento se tomó como una victoria popular, más tarde evidenciaría la extrema dependencia de los actores sociales a los partidos políticos y el enorme poder que se les otorgó a estos últimos para ejercer influencia.

Los verdaderos alineamientos sobre el modelo de desarrollo económico se establecieron pocos meses después, en diciembre de 1958 con la Declaración de Principios y el Programa Mínimo Común de Gobierno. En líneas generales, estos acuerdos reconocían el papel central del Estado como principal propulsor de la riqueza nacional, respetando la iniciativa privada y las inversiones extranjeras, elaborando un plan integral de desarrollo económico que enfatizaba en las actividades industriales, revisando la relación entre las

compañías petroleras y el Estado, implementando una reforma agraria y reconociendo la libertad sindical. A pesar de haber conseguido establecer una democracia y de haber transferido el poder de lo militar a lo civil, el Estado venezolano continuó siendo, expresamente indicado por la ley, núcleo y motor generador de la riqueza del país (Figueroa, 2006). Este es un factor clave, característico y explicativo del enorme poder que los sucesivos gobiernos de Venezuela han ido teniendo sobre todas las esferas de la sociedad a lo largo de su historia y hasta el día de hoy.

La Declaración y el Programa establecieron el marco para el funcionamiento de la economía, generando así las bases para realizar la última tarea pendiente: incorporar a la Iglesia y a las Fuerzas Armadas a este proyecto político común. Las Fuerzas Armadas habían gobernado Venezuela durante muchísimos años y negociar una merma en sus funciones políticas fue un proceso complicado donde ambas partes tuvieron que hacer concesiones. Finalmente, se llegó a un acuerdo en el año 1962, oficializado por el Decreto 288 (Bistoletti, 2011), en el que se independizaron operativa y administrativamente cada una de las cuatro fuerzas (guardia militar, aviación, ejército y armada) con el fin de rebajar la amenaza de una posible acción conjunta. En contrapartida, se posicionó al militar de mayor rango como ministro de guerra, se mejoraron las condiciones económicas de los militares y se creó el Estado Mayor Conjunto, un nuevo órgano institucional cuya tarea fue la de asesorar al gobierno en materia de defensa. De esta manera se consiguió que el cuarto actor social abandonara sus aspiraciones políticas, uniéndose al proyecto común que se había inaugurado en 1958 y atesorando, no obstante, cierta cuota de poder relativamente importante.

Únicamente quedaba llegar a un acuerdo con el quinto actor social, la Iglesia. Las relaciones entre la Iglesia y el Estado en Venezuela estaban dañadas por la existencia de la Ley de Patronato Eclesiástico, pues esta norma otorgaba cierta potestad al Estado en diversos asuntos como el nombramiento de prelados, la construcción de iglesias o la elaboración de informes pastorales (Krzywicka, 2014). Sin embargo, ciertos acontecimientos como la exclusión del Partido Comunista del sistema y la participación de COPEI en los acuerdos de derrocamiento de la dictadura abrieron el camino para la negociación. En 1964, el ministro de exteriores y el nuncio Luigi Dadaglio, cristalizaron

el acuerdo en la Ley de Concordato Eclesiástico, la cual otorgó autonomía a la Iglesia para realizar nombramientos y levantar sus templos, establecía la cuota de financiamiento estatal, reconocía oficialmente sus seminarios e institutos y fijaba las resoluciones amistosas y pacíficas como método de procedimiento en caso de conflicto con el Estado. A cambio de todas estas concesiones, la Iglesia Católica patrocinó públicamente el proyecto político.

Las alianzas con todos los sectores importantes para la sociedad venezolana fueron la evidente clave del éxito de este proyecto. Estos cuatro pactos, celebrados entre 1958 y 1964 sentaron las bases de lo que sería la Venezuela democrática y de cómo se iba a desarrollar el país, y son también claves en la explicación de cómo más adelante la decisión popular se tornó hacia un régimen mucho más transgresor bajo el mandato del general Hugo Chávez, vigente hasta el momento bajo el nombre de su sucesor, Nicolás Maduro. El establecimiento de la democracia en Venezuela fue una promesa a su pueblo, no sólo de libertad, sino también de igualdad de clases, de desarrollo y de riqueza. La corrupción del sistema, de sus partidos y políticos y la evidencia del incumplimiento de todas esas promesas de igualdad, son factores explicativos de que más del cincuenta por ciento de la población venezolana acabara apostando por el proyecto chavista, no sólo en sus primeras elecciones sino también en casi todas las consecutivas hasta la muerte del general. A continuación, se van a desarrollar los años del período democrático con el fin de desenterrar las circunstancias políticas, económicas y sociales que llevaron a Venezuela al período dictatorial en el que sigue sumida hoy en día.

Dimensión económica: el modelo de desarrollo

El modelo de desarrollo que se inauguró en 1958 posee una gran importancia relativa, pues no solamente estructuró la economía venezolana durante un período de más de tres décadas, sino que se enraizó en la sociedad del país, la cual ha ido rechazando consecutivamente los posteriores intentos de cambio. El modelo determinó cuál sería el nivel de intervención del Estado en la economía de acuerdo con los objetivos económicos prescritos y reestructuró las prioridades, dándole especial importancia a la industrialización del país. En este sentido, inicialmente se patrocinó el desarrollo de todos

los sectores de la industria sin distinciones, pero a mediados de los años setenta, con el “boom” petrolero, esto dio un giro radical hacia el desarrollo casi exclusivo de la industria básica (petróleo, electricidad y siderurgia), giro especialmente significativo para entender la dependencia continuada de la economía venezolana del petróleo.

El Estado venezolano ya participaba de forma muy activa en la economía del país, pero a partir de este nuevo modelo de desarrollo la intervención iría creciendo hasta abarcar un porcentaje inaudito. Se tomaron dos líneas de actuación fundamentales, la de generación de riqueza y la de distribución de esa riqueza. La primera de ellas encerraba políticas de promoción del sector industrial público y privado, de regulación de las relaciones entre trabajo y capital y políticas productivas. La segunda, las acciones estatales directas e indirectas a través del empleo público, el gasto social, el sanitario y educativo, etc. Todo esto se tradujo en que el Estado, básicamente, subvencionaba la industria, la agricultura, el transporte, las infraestructuras y las comunicaciones; exoneraba de aranceles muchos insumos importados y desembolsaba créditos con tasas de interés real negativo (inferiores a la propia inflación). Las empresas nacionales monopolizaron todos los servicios públicos, desde el agua y la corriente hasta la telefonía o el transporte. Este nivel de intervención se intensificó aún más en el año 1976 cuando el presidente Carlos Andrés Pérez nacionalizó toda la industria petrolera del país, indemnizando a las empresas concesionarias expropiadas, que en su gran mayoría eran extranjeras. A partir de ese instante, el Estado monopolizó la principal fuente de riqueza del país, capitaneando por completo el rumbo de su economía. Fue un momento muy significativo porque hasta entonces, el Estado era concebido como el gran impulsor de la actividad económica privada y, en adelante, se tornó hacia el motor mismo del desarrollo económico general; ya no sólo representaba el núcleo de la producción, sino que pasó a representar el propio centro de la distribución. Este sistema, inicialmente, permitió un ascenso social de la clase media y baja muy destacable basándose en la redistribución del ingreso petrolero, consiguiendo así un gran crecimiento de la urbanización y de la clase media (Abdala & Elías, 2006). Lamentablemente, el crecimiento no duraría mucho.

“...sesenta años de explotación petrolera en Venezuela han generado una economía cuyo sector público constituye el eje fundamental. No se incurriría en

exageración, si se afirmara que no hay en América Latina un país en el cual juegue papel tan importante la empresa estatal. En la actualidad [1979], el producto bruto imputable al sector público, esto es, a la administración y a sus dependencias y a los institutos autónomos y empresas del Estado, representa aproximadamente el 40 % del volumen de bienes y servicios que se engendran en nuestra economía. Más de la mitad del excedente económico disponible para la acumulación, surge de las organizaciones controladas por el Estado. El sector público emplea, posiblemente, un tercio de toda la fuerza de trabajo en el país. El 90 % de los bienes y servicios que se exportan provienen de empresas estatales. Las entidades financieras pertenecientes o controladas, de una u otra forma, por el Estado ocupan ya posiciones significativas en todo un conjunto de los mecanismos crediticios que funcionan en nuestra economía...” (Asociación Pro-Venezuela, 1979).

A pesar del gran parecido que se pueda encontrar entre este modelo y el modelo europeo del Estado de bienestar, existen diferencias fundamentales que los convierten casi en antónimos. Mientras que en Europa el Estado reasigna indirectamente toda la riqueza generada por el sector privado, en el nuevo modelo de desarrollo venezolano, derivado de los pactos de 1958, el Estado representó el germen de los ingresos, canalizando la puja distributiva hacia su interior. En un modelo donde es el propio Estado el que monopoliza todos los sectores de la sociedad, será ese mismo Estado el culpable de todos los males que sufra su pueblo. Cuando se entiende el nivel de monopolio que alcanzó el gobierno venezolano durante este período de democracia, se entiende el giro tan inesperado que tomó su política cuando este sistema estuvo completamente corrupto.

“... el Estado acrecienta con la nacionalización su capacidad rectora sobre el proceso económico, hasta una dimensión sin precedentes, debiendo organizar el esfuerzo nacional de todos los sectores y procurar la optimización del uso de los recursos, dando vigencia práctica al imperativo constitucional de dictar medidas para planificar, racionalizar y fomentar la producción, regular la circulación, distribución y consumo de la población y fortalecer la soberanía económica del país.” (Purroy, 1983, pág.284)

Dimensión política: modelo de hegemonía

El modelo de hegemonía implantado representaba sin lugar a dudas una singular excepción dentro del convulsionado panorama político que se vivía en ese momento en el resto de América Latina. Inicialmente concebido como un arreglo político de carácter transitorio, el sistema que se inauguró en 1958 acabó por estructurar la sociedad venezolana siendo, en cierto modo, otra de las muchas circunstancias responsables de que el sistema chavista alcanzara más adelante un éxito continuado. Este modelo que estructura la relación entre el Estado y la sociedad, queda materializado en el orden institucional y simbólico de las formaciones del poder político. De esta manera, podemos hablar sobre la estructura y las relaciones que se establecieron por medio de los pactos en torno al sistema político, a la sociedad civil y al propio Estado.

Los acuerdos determinaron específicamente qué actores sociales y partidos políticos podían representar expresiones legítimas (AD, URD y COPEI) o ilegítimas (PCV y MIR) de la sociedad, estableciendo a unos como columna vertebral del sistema y marginando a otros. Además de los cuatro pactos fundamentales, existía el llamado Pacto Institucional que, sin haberse oficializado nunca, representó un acuerdo implícito entre COPEI y Acción Democrática que ambas partes respetaron hasta mediados de los años ochenta. A grandes rasgos, el acuerdo establecía los derechos y las obligaciones del gobierno y de la oposición, derechos que incluían el posicionamiento de jueces, magistrados, fiscales y presidentes de las cámaras (Cruz & Rivera, 2005). Lo que en un principio se previó como un sistema multipartidista, acabó por convertirse en un sistema prácticamente bipartidista donde Acción Democrática y COPEI se mantuvieron en la supremacía, turnándose en el poder durante décadas sin otra oposición que la ejercida recíprocamente. La depuración de partidos políticos y el bipartidismo acabaron fomentando la homogeneización tanto de prácticas como de tendencias ideológicas y aquellos que sí obtuvieron legitimidad fueron los que monopolizaron las decisiones políticas mientras que el pueblo (“las masas”), participó en las decisiones únicamente a través del ritual político de las elecciones, donde la ideología de muchos no tenía siquiera cabida, contando una capacidad de acción autónoma muy escasa, prácticamente nula. En este sentido, el modelo de hegemonía fue denominado como un “sistema populista de conciliación de élites” o “pacto de élites” (Maihold, 2007). Además, el Estado no patrocinaba desinteresadamente; la subordinación

de los actores sociales fue la moneda de cambio, generando así una profunda dependencia de la sociedad con respecto a los políticos, maximizando aún más su papel, si es que cabía. Esta omnipresencia gubernamental generó una matriz asistencialista en la sociedad venezolana conceptualizada por muchos como “mentalidad rentística” o “clientelismo” que favorecía un clima de corrupción muy elevado.

“Perez and his technocratic team of ministers fatally underestimated the decisive influence of the rentier mentality prevailing among Venezuelans. [...] In my opinion, the evidence shows unequivocally that the Venezuelan public favors the statist model of economic interventionism by the government. Workers in the public and private sectors alike strongly reject competition as a legitimate mechanism for ascertaining each individual's skills and merits.” (Romero, 1997)

En resumen, el modelo de hegemonía que establecieron los pactos fundamentales representaba un pacto donde las élites políticas y de algunos actores sociales reconocidos monopolizaron las decisiones políticas a través del control total del aparato estatal. El hecho de haber llegado a un acuerdo entre todos los actores sociales y el Estado preveía una estabilidad democrática a largo plazo envidiable. Sin embargo, el propio modelo cercenaba la participación popular, la cual quedó reducida a una simple decisión electoral que tenía lugar cada cinco años, siendo además una decisión previamente sesgada.

El éxito rotundo de los acuerdos del sistema de Punto Fijo no solamente se debió a los instrumentos legales y a los acuerdos institucionales, buena parte de que el sistema trajera una democracia estable a Venezuela durante más de tres décadas fue el marco del crecimiento económico que trajo consigo el ingreso petrolero, así como el papel fundamental de algunos líderes que, dispuestos a consolidar una democracia a toda costa, consiguieron mantener una dirección regia y consistente, especialmente durante sus difíciles comienzos (Sabino, 1995). Las ideas de “pacto de élites” y “mentalidad rentística/clientelismo” serán claves para entender más adelante porqué una democracia aparentemente estable no terminó de arraigar en Venezuela.

La crisis del modelo “Puntofijista”

Venezuela se había ido acostumbrando a una mejoría gradual en la distribución factorial de unos ingresos siempre crecientes, a una pobreza moderada y, junto con Argentina, a compartir los mejores y más altos indicadores de bienestar social de toda América Latina; pero las limitaciones del modelo de Punto Fijo empezaron a aparecer. La política de industrialización que se había emprendido, contrariamente a lo que esperaron al crearla, no hizo sino generar una sujeción extraordinaria a las exenciones impositivas, a la inversión pública y a los subsidios. Sin embargo, cuando a principios de los años setenta el estancamiento financiero empezó a evidenciar esta profunda dependencia, tuvo lugar en 1973 un auge petrolero que enmascaró todas las limitaciones del modelo que habían empezado a revelarse, catapultando el gasto público general, que alcanzaba directa o indirectamente a prácticamente todos los sectores de la sociedad (Michelena, 1975). “¡Tá barato!, ¡dame dos!”, es una frase emblema que refleja la época de bonanza que vivió Venezuela en esos tiempos, lo que popularmente se denominó como la “Venezuela Saudita”, donde la inyección de “petrodólares” a la clase media vio nacer una sociedad cosmopolita, muy alejada de los estándares de sus países vecinos: “*los mejores restaurantes franceses tenían sede en Caracas y los venezolanos se convirtieron en los mayores consumidores de whisky del mundo*” (Markous, 2018). Sin embargo, esta no era una bonanza real sino más bien ficticia y diez años más tarde, la burbuja explotó.

La verdadera crisis del modelo aparece entonces a principios de los años ochenta cuando las exportaciones petroleras sufren un grave desplome. Este contratiempo en las cuentas fiscales coartó la capacidad crediticia del Estado, teniendo que solicitar el aplazamiento de los pagos de la deuda que tenían con el Fondo Monetario Internacional. El 18 de febrero de 1983, el gobierno hizo oficial la devaluación de la moneda nacional en lo que posteriormente se conocería como “viernes negro”, pues ese día se evidenció a gran escala la crisis estructural que el modelo de desarrollo estaba sufriendo. Desde ese instante y en adelante, las condiciones de vida de la población venezolana comenzaron a sufrir un empeoramiento progresivo. En la medida en que lo primordial es la capacidad distribuidora y no la capacidad productiva, “*la asignación de beneficios y no la eficiencia*”, podemos comprender la hecatombe en el liderazgo: “*su experiencia era la de gerentes del clientelismo, más que la de decisores políticos*” (Marta-Sosa, 1993). De

igual manera que el petróleo había engrandecido un día la economía venezolana, la suerte empezaba ahora a girar en dirección contraria, presentándose como una especie de condena, como aquello que los especialistas llaman “la maldición del petróleo”.

El desastre económico empezó a pasar factura también en el ámbito político. Hasta mediados de los años ochenta, el bipartidismo había ido canalizando el descontento popular con el gobierno mediante la alternancia entre AD y COPEI, pero el gobierno de Luis Herrera Campíns (1979 – 1984) decidió dejar de cumplir con el acuerdo implícito entre ambos partidos, cambiando el orden y las relaciones vigentes hasta el momento y marcando un punto y aparte en la historia de la democracia venezolana. La percepción popular de estos cambios generó un gran debate en torno a las posibles alternativas para el futuro del país y los cuestionamientos a la democracia comenzaron a aflorar, así como las revueltas sociales. Éstas últimas van a tomar una gran importancia pues, hasta ese momento, se podría decir que la democracia venezolana había vivido en un entorno social muy pacífico, pero la falta de respuestas institucionales al creciente deterioro de las condiciones de vida se fue canalizando a través de protestas. Se intensificaron de tal forma que se podían contar manifestaciones casi a diario. Además, cada vez se volvieron más violentas, desembocando incluso en derramamientos de sangre en el “caracazo”, del que más adelante se hablará. Desde luego, la generalización de protestas como medio para expresar el descontento popular erosionó gravemente el consenso que existía entorno al orden político vigente, desacreditando a las instituciones. La corrupción estaba dejando al pueblo venezolano en una situación política peor de la que estaba antes, y la incapacidad del sistema para castigar a los responsables, en conjunto con la grave crisis económica, generó un efecto deslegitimador fulminante.

“Si la clase dominante ha perdido el consentimiento, o sea, ya no es “dirigente”, sino sólo “dominante”, detentadora de la mera fuerza coactiva, ello significa que las grandes masas se han desprendido de las ideologías tradicionales, no creen ya en aquello en lo cual antes creían, etc. La crisis consiste precisamente en que muere lo viejo sin que pueda nacer lo nuevo, y en ese interregno ocurren los más diversos fenómenos morbosos.” (Gramsci, 2004)

Paulatinamente, la idea de reforma del Estado fue cristalizando en los medios de comunicación y en los partidos políticos, los cuales se vieron obligados a explicitar sus propuestas reorganizativas con el horizonte puesto en las siguientes elecciones. El asunto de la reforma cobró tanta importancia que acabó desembocando en la creación en 1984 de la Comisión Presidencial para la Reforma del Estado (COPRE), cuya tarea era la de generar propuestas para superar la crisis (Bistoletti, 2011). La COPRE especificó en numerosos documentos la necesidad de descentralizar el sistema político para superar la crisis, sin embargo, sus propuestas fueron rechazadas consecutivamente por los siguientes gobiernos. Lo que pasa a continuación será el preludio del fin de la democracia venezolana.

Los presidentes Luis Herrera Campíns y Jaime Lusinchi fueron incapaces de contener las espirales inflacionarias, generando una pérdida de confianza internacional aún más grave en las inversiones venezolanas y en su moneda nacional. A finales de 1988, resulta electo Carlos Andrés Pérez (AD), quien plantea un “Paquete Económico” liberal con una serie de medidas muy fuertes para rescatar al país de la profunda crisis en la que se estaba sumergiendo y las pone en práctica pocas semanas después de haber sido elegido. La resistencia tenaz de los venezolanos a acomodarse a un nuevo sistema donde el papel del “petroestado” tenga que verse reducido y reemplazado por una economía de mercado explotó el 27 de febrero de 1989. Tuvo lugar en la ciudad de Guarenas y porque las medidas liberales habían producido un alza significativa en los precios de la gasolina y el transporte. Lo que podía haberse quedado en una simple revuelta puntual, se extiende vertiginosamente y en pocas horas a casi todo el territorio nacional, alargándose durante diez días, hasta el 8 de marzo. *“Tanto Caracas como la mayoría de las ciudades principales y secundarias del país fueron escenario de barricadas, cierres de carreteras, apedreamiento de tiendas, disparos y saqueos generalizados”* (Maya, 2003). El número de muertos, aunque desconocido, se intuye que superó el millar.

No es cierto que los sucesos del 27 y 28 de febrero fueron imprevistos... No era sólo la puesta en ejecución del “paquete” sino toda la carga de la crisis, durante diez años, injustamente repartida. La distribución del ingreso se hizo más regresiva en ese tiempo: los menos acaparan más de aquel, los más sufren el

encogimiento real de sus medios de vida; avanza la pobreza crítica y la pobreza sin calificativo, hasta cubrir amplios estratos de la clase media; el costo de vida se dispara entre presiones inflacionarias y marejadas de especulación; los servicios son cada vez más insuficientes y mal prestados; la corrupción cobra impulso bajo el signo de la escasez económica; la ostentación de los enriquecimientos irrita a los sumergidos en sus carencias vitales. ¿No había razones para la protesta airada? Doblado el peso de esa carga, el pueblo recibe el anuncio de nuevos padecimientos, de mayor sacrificio para él, de ajustes económicos que se harán a expensas de su ya comprimido nivel de vida. Se ofrece para aliviarlo una magra compensación salarial, cuya entrega se tarda mientras se impone de inmediato el alza de la gasolina, la desmedida alza de los pasajes en colectivos y el anuncio de otros aumentos de precios, de liberación de precios, que en la cruda experiencia de la gente significa desbordamiento especulativo. ¿Cómo no entender que todo ello es una incitación a la violencia popular? (Zavala, 1996)

El clima de descontento general estaba alcanzando niveles superlativos, nunca antes vistos en el país sudamericano. Se aceleró el proceso de descentralización de la política con las primeras elecciones directas de Gobernadores y Alcaldes (medida sugerida por la COPRE, pues anteriormente estos puestos se elegían “a dedo” por el gobierno central, representando otra causa más de la corrupción del sistema), pero no fue en absoluto suficiente.

... el pueblo percibe inmediatamente la tremenda significación sociopolítica y la potencialidad transformadora de una situación que se le ha hecho intolerable, implícita en esa acción insurreccional; comienza a tomar fuerza –de forma básicamente espontánea– un movimiento de descontento y desobediencia civil que trata de dar, obviamente, con muchas dificultades y limitaciones, un sentido y una dirección políticas a lo que hasta ahora sólo había sido una mezcla de furia, temor e impotencia frente a hechos desagradables e indignantes (Valecillos, 1992).

El clima insurreccional no decae, sino que se acrecienta y acaba desembocando en el famoso Golpe de Estado que perpetró el teniente coronel y futuro presidente venezolano, Hugo Rafael Chávez Frías, el 4 de febrero 1992. Varios oficiales de alto rango de diversos componentes de las Fuerzas Armadas habían creado en 1982 un movimiento cívico-militar de carácter revolucionario llamado Movimiento Bolivariano Revolucionario 200, o MBR-200, cuyo líder era Hugo Chávez. Dirigidos por este último, varios oficiales a la cabeza de unos diez batallones se movilizaron y acabaron acorralando a Pérez en el palacio presidencial, pero tropas leales al todavía presidente frustraron el intento y los arrestaron. A cambio de incitar a sus compañeros a soltar las armas, Chávez obtuvo permiso para hablar por televisión a toda la nación. Lo que sobre el papel fue un golpe de estado fallido, pues el general no combatió y la acción se controló en pocas horas, en la realidad se convirtió en el germen de su éxito. En cuanto el general pudo dirigir su discurso a toda la nación, su rendición militar se transformó en una clarísima victoria política que más adelante se evidenciaría, pues un total desconocido se convirtió, en un instante, en una figura de proyección nacional, en una especie de “redentor crucificado” que, con su histórica frase de derrota y rendición, “*por ahora*”, se transformó en esperanza de futuro. “*Ese día nace la catástrofe que vino a Venezuela en los 20 años posteriores*”; afirmó el analista político Fernando Spirito... “*desde ese día la Fuerza Armada perdió el rumbo y nos ha conducido a esta trágica situación que estamos viviendo*”; señaló Fernando Ochoa Antich, ex ministro de Defensa de la época... mientras que para el politólogo Daniel Arias, “*destruyó la idea que estaba arraigada en la época que los golpes de Estado eran cosas del pasado y nunca más iba a haber una rebelión militar*” (Brito, 2020).

Tras este primer intento de golpe de Estado (hubo un segundo ese mismo año, también fallido), el gobierno de Pérez no pudo aplicar a los responsables el castigo correspondiente pues prevalecía en el ambiente la idea de que tal acción sería una hipocresía dada la complicidad que el gobierno y los partidos políticos habían ido teniendo en prácticas corruptas; aun así, pudo encarcelar a Chávez. El hecho de no deslegitimar tal acción violenta no hizo sino debilitar aún más la posición del sistema institucional de Punto Fijo. En marzo de 1993, Pérez es acusado formalmente de corrupción y apartado del cargo. Las siguientes elecciones las gana Rafael Caldera, quien sería el último presidente antes de dar comienzo la época chavista. Caldera se negó

públicamente a calificar el intento golpista como un acto criminal, indultó a los dirigentes del mismo, sobreseyendo la causa, e incluso otorgó a uno de los generales un cargo de muy alto nivel dentro del gobierno. En definitiva, otorgó a Chávez y a sus aliados una respetabilidad democrática casi impensable (Cruz & Rivera, 2005). Esta política de “borrón y cuenta nueva” de Caldera, si bien fue quizás la responsable de que su gobierno no fuera derrocado mediante las armas, tampoco consiguió aplacar la creciente agitación dentro del ejército ni el descontento popular. Estos hechos, que podrían considerarse como errores políticos muy graves, en la realidad encierran el altísimo nivel de debilidad de un sistema institucional casi moribundo. Efectivamente, esto se puede comprobar en el hecho de que seis años más tarde de aquel golpe el propio Chávez resultó electo. Por lo tanto, la mayoría de los votantes venezolanos no había considerado que sus intentos golpistas le hubieran descalificado para ocupar la silla presidencial. No distinguían mayormente entre lo que debe ser un comportamiento político legal y uno ilegal (Philip, 2004). El sistema de Punto Fijo, finalmente y tras 30 años de democracia estable, se había agotado.

Para algunos analistas, el derrumbe del “petro-Estado” fue la causa del derrumbe de la democracia: *“sin crecimiento económico y sin dinero, el poder de los partidos descendió y las lealtades se debilitaron”* (Karl, 1996). El hecho es que la corrupción doblegaba a las instituciones y los pactos fundamentales empezaron a romperse. *Un cuerpo de valores relativamente frágil; soportado en un esquema clientelar y oportunista, con un carácter “predominantemente instrumental y utilitario”, se hizo “altamente vulnerable y sensible a los problemas de funcionamiento eficaz”* (Rey, 1989). No es extraño, además, que fueran militares los que reivindicaron la oposición al régimen pues, como bien se ha podido comprobar, la historia de Venezuela está muy ligada a la historia de los caudillos militares.

Tres conclusiones se pueden obtener de los hechos acontecidos durante estos últimos años de democracia en los que el sistema de Punto Fijo quedó agotado. En primer lugar, que las revueltas del “Caracazo” y el golpe de Estado de 1992 proyectaron una enorme sombra sobre el sistema, cuya incapacidad para evitarlos tuvo consecuencias a largo plazo mucho mayores y más dañinas de lo que habían supuesto en un principio los hechos en sí. Incitar

la agitación militar es mucho más sencillo cuando el gobierno civil goza de tanta impopularidad. En segundo lugar, una democracia consolidada y estable requiere de un Estado respetado y autónomo. El clientelismo es un rasgo de la política y la economía venezolana que data de decenas de años y un Estado patrimonial, carente de leyes firmes que no premien sino castiguen a aquellos que se las saltan, es un impedimento para consolidación democrática. No lo es en cambio para un autoritarismo eficaz, como más adelante evidenciará el gobierno chavista. En tercer y último lugar, que un sistema democrático se reforme a sí mismo es extremadamente difícil y muy poco usual, sobre todo cuando se encuentra bajo unos niveles de presión y de impopularidad tan altos (Philip, 2004). La consecuencia global de la debilidad institucional del sistema democrático venezolano fue quizás el haber privado al país de los medios necesarios para poder defenderse de un ataque oportunista. En el momento en que la democracia tuvo la oportunidad de arraigar en Venezuela, las élites políticas de su sistema fallaron y la oportunidad pasó de largo, poniendo nuevamente al país a las órdenes de un caudillo de origen militar.

Hugo Rafael Chávez Frías

Entra en escena el personaje en torno al cual gira este pequeño estudio: Hugo Rafael Chávez Frías, nacido el 28 de julio de 1954 en Sabaneta, en el estado de Barinas, al suroeste de Caracas, donde fue criado por su abuela paterna y completó sus estudios hasta el bachillerato. Tan solo tres semanas después de graduarse del colegio ingresa en la escuela del Ejército de la Academia Militar de Venezuela, donde se licenció en Ciencias y Artes Militares, en la especialidad de Ingeniería, mención terrestre, alcanzando el grado de subteniente el 5 de julio de 1975 con veintiún años. Dos años más tarde es ascendido a teniente y, siete más adelante, en 1983, a capitán. Cabe resaltar que durante su bagaje como alumno y como miembro de las Fuerzas Armadas venezolanas, Chávez siempre destacó entre sus compañeros, ocupando con frecuencia el primer lugar de su promoción. Continúa su carrera militar después de haber iniciado una maestría en Ciencias Políticas en la Universidad Simón Bolívar (tesis inacabada) y es ascendido al grado de teniente coronel en 1990 con treinta y seis años (Jiménez, 2016). El 4 de febrero de 1992, junto con varios comandos de las Fuerzas Armadas venezolanas que, al igual que él, pertenecían al Movimiento Bolivariano Revolucionario 200, da un golpe de Estado fallido al gobierno de Carlos Andrés Pérez tras el cual es apresado durante dos años. El mismo día del golpe, al momento de la derrota y antes de ser encarcelado, obtiene permiso para hablar por televisión y dirigirse a toda la nación. Desde ese momento y en adelante, nace como líder y figura de proyección mundial, especialmente controvertida por sus políticas y su discurso, los cuales han sido y seguirán siendo blanco y objeto de numerosos estudios, como el presente. *Personalista, popular, populista, pro-pobre, revolucionario, participativo, socialista, castrista, fascista, autoritario competitivo, autoritario blando, orientado al tercer mundo, híbrido, estatista, polarizante, adicto al petróleo, cesarista, una especie de Milosevic latinoamericano, carnívoro político...* (Ellner, 2001) son una pequeña muestra de las tantas calificaciones que los diversos autores han ido otorgando a este carismático líder a lo largo de los años, personaje que ocuparía el cargo de Presidente de la República Bolivariana de Venezuela con carácter vitalicio desde 1999 hasta 2013, después de haber fundado en 1997 su propio partido político, el Movimiento V República (MVR), de ideología militar-izquierdista. La era chavista es un período cuanto menos polémico en términos de análisis académico social, histórico y político. En adelante, este trabajo pretenderá, después de haber explorado las muchas razones por las

que el pueblo venezolano decidió votar por un cambio de rumbo político tan contundente, exponer y estudiar el discurso y la ideología tan personalista que derivó de su propia figura, así como la historia de cómo con su gobierno, en el nombre de una “revolución bolivariana” y de una forma más o menos democrática (según el punto de vista de quien lo explique), fue acaparando las instituciones de todo el país y acabó derivando en el régimen dictatorial que hoy en día lidera su sucesor, nombrado por el mismo Chávez, Nicolás Maduro, cuyo mandato ha convertido a Venezuela en una de las sociedades más peligrosas del mundo con una tasa de muertes violentas de 60,3 por 100 mil habitantes en 2019 (OVV, 2019), según el Observatorio Venezolano de Violencia.

Historia del chavismo

Las alianzas militar-izquierdistas no han sido en absoluto comunes a lo largo de la historia; lo común, suele ser que los militares se alíen con fuerzas políticas más derechistas y conservadoras, como de hecho había ocurrido durante el período caudillista de la historia de Venezuela. Sin embargo, no es este el primer episodio en el que una unión de tal carácter tiene lugar, y menos aún en América Latina. Ya en los años cuarenta encontramos el caso de Fulgencio Batista en Cuba, o de Omar Torrijos en Panamá, en 1968 (Remmer, 1991). Desde entonces, no se recuerda en la región ningún otro episodio importante de alianzas cívico-militares de ideología izquierdista, por lo menos no con el deslumbrante éxito que tuvo el de Hugo Chávez. Como ya se ha mencionado, durante el período democrático del puntofijismo la política venezolana había sido demasiado rígida. No se había dado cabida a nuevas fuerzas políticas no dominantes y el resentimiento entre ellas había ido creciendo sigilosamente. No obstante, a pesar de que el entorno fuese tan cerrado, estas fuerzas sí que tuvieron acceso a múltiples instituciones como las universidades, el ejército, pequeños partidos de izquierda y asociaciones de vecinos y, casi al final del período, con la descentralización política, a algunas instituciones estatales como oficinas de gabinete, escaños legislativos, gobernaciones y alcaldías (Corrales, 2007). Los ciudadanos venezolanos tenían amplias razones por las que votar a favor de una opción que rompiese con el estatus quo del panorama político y la pequeña apertura institucional previa a que el puntofijismo se desgastara por completo fue otra de las tantas razones que permitieron que la izquierda radical ascendiera en Venezuela y se presentase como una novedosa y atractiva opción.

Siendo un hombre ampliamente instruido en el ámbito militar, Hugo Chávez apenas contaba con bagaje en el mundo de la política. Desde 1994, año en que fue excarcelado, hasta que presentó su candidatura para las elecciones presidenciales de 1998, Chávez fue afianzando de forma audaz sus relaciones políticas con un gran número de pequeños partidos políticos de izquierda y con grandes personajes importantes de la izquierda histórica venezolana. Entre todos ellos sobresalen, por ejemplo, Luis Miquilena, destacado individuo del Partido Comunista de Venezuela y firme opositor de Rómulo Betancourt, o José Vicente Rangel, político, abogado, periodista y activo dirigente político izquierdista desde los setenta. Además, consiguió que toda la izquierda nacional se presentara a las urnas bajo un mismo bloque, la Plataforma Polo Patriótico, al que se unieron el Movimiento al Socialismo (MAS), Patria para Todos (PPT), el Partido Comunista de Venezuela (PCV) y el Movimiento Electoral del Pueblo (MEP), con el propio Chávez a la cabeza (Fernández, 2011).

El panorama para las elecciones del 98 era cuanto menos diverso, sobre todo teniendo en cuenta la tradición bipartidista del país durante los últimos cuarenta años. Por un lado, estaban los partidos tradicionales, AD y COPEI, quienes, temerosos del rápido ascenso que estaba teniendo el “militar insurgente”, se presentaron con programas electorales reformados y nuevas caras; no obstante, tuvieron que retirar sus candidaturas antes de las elecciones por una evidente ausencia de respaldo popular, adhiriéndose a otro partido y formando el opositor al Polo Patriótico, el Polo Democrático. Por otro lado, estaba la candidata Irene Sáez, exalcaldesa del municipio caraqueño de Chacao, ex Miss Universo y ex Miss Venezuela, quien presentó su propia organización, IRENE, que al principio obtuvo un grandísimo apoyo popular, apoyo que se fue diluyendo en detrimento del ascenso de la popularidad de Chávez. Por último, estaba el Polo Patriótico, que aglutinaba a prácticamente toda la izquierda del país, desde los más moderados hasta los más radicales, liderado por el general. Tiene lugar entonces una histórica campaña electoral en Venezuela nunca antes vista, con un mensaje y una propuesta clarísima por parte de Hugo Chávez: llevar a cabo una revolución democrática para desplazar a las históricas élites corruptas y refundar la República, cambiando la Constitución, y a través de la creación de una nueva Asamblea Constituyente (Molina & Baralt, 1999).

“Y este próximo 23 de enero, se cumplirán cuarenta años de haberse dado el inicio en Venezuela de este pacto o esperpento que han llamado democracia, pero esto no es democracia, lo que ha ocurrido en Venezuela es una tiranía espantosa, no puede ser democracia un sistema político que ha hundido a más del 80% de los venezolanos en la miseria más espantosa que se recuerda en toda la historia nacional, no puede ser democracia esto, no puede ser democracia un sistema donde hay presidentes que roban, donde hay ministros que roban y no hay quien le ponga el cascabel al gato. No puede ser democracia un sistema donde los niños se mueren de hambre, de enfermedades; no puede ser democracia un sistema donde no haya educación, donde no hay trabajo, donde no hay desarrollo, donde no hay tierra para los campesinos, donde no hay recursos para el pueblo, pero sí hay recursos para los poderosos, que cada vez son más ricos, y se siguen robando y robando el oro y el petróleo, eso no puede ser democracia, eso es la negación de la democracia. Multimedio VTV (14 de enero de 2014). Así fue el discurso del Comandante Hugo Chávez, en el Estado de Cojedes en 1998 (Parte I). (Vídeo) YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=Mf9g24hHf7s>

Chávez recorrió el país entero subido a su Volkswagen rojo, ofreciendo discursos abiertos en las plazas de cientos de barrios y pasando por todos los estados, sembrando así la semilla de esa imagen de “hombre del pueblo” que tanto le caracterizaba. Construyó un discurso fuertemente personalista que lo convirtió en la alternativa política evidente a los partidos tradicionales, ofreciendo la posibilidad de una transformación de la democracia fundamentada en el ideal bolivariano. Llegado el 6 de diciembre de 1998, los resultados electorales otorgaron una clara victoria al Polo Patriótico, con un 56,44% de votos a favor y Hugo Chávez, ante el estupefacto de muchos, se convirtió en presidente de la República de Venezuela. Días más tarde, Carlos Andrés Pérez aseguró que lo ocurrido era *“un fenómeno fundamentado en la inconsciencia del país y la ceguera insólita de los venezolanos”* (El Mundo, 1998).

“Los venezolanos hemos dado, en todo el inmenso ámbito bolivariano de esta tierra, una demostración de nuestra grandeza, una demostración de que en Venezuela hay honor” ... “Ahora, como presidente de Venezuela, pues para

nada va a cambiar mi condición, soldado de un pueblo, hombre de un pueblo, luchador de un pueblo, dispuesto a todo por el pueblo". Multimedio VTV (7 de diciembre de 2017). Elecciones históricas del 6 de diciembre de 1998 llevaron a Hugo Chávez hacer presidente (Vídeo). YouTube.
<https://www.youtube.com/watch?v=PKYocineDds>

Durante el primer mandato de Chávez, reinó sobre su figura y sobre el país una atmósfera de optimismo generalizado, particularmente entre las clases más bajas, pero también entre la clase media urbana progresista. Se tomaron muchas decisiones políticas públicas que estimularon la creación de multitud de instituciones nuevas, fortaleciendo su liderazgo y su proyecto político. Su intención de cambiar la constitución para poder hacer realidad la "revolución bolivariana" y fundar la Quinta República queda en definitiva cristalizada en el mismo momento en que juró su cargo como presidente, de esta particular manera:

"Juro delante de Dios, juro delante de la patria, juro delante de mi pueblo, que, sobre esta moribunda constitución, haré cumplir, impulsaré, las transformaciones democráticas necesarias para que la república nueva tenga una Carta Magna adecuada a los nuevos tiempos, lo juro". Telesur TV (2 de febrero de 2013). Venezuela recuerda hoy la primera juramentación de Chávez (Vídeo). YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=cnSIJrhzeJc>

Efectivamente, no tardó mucho tiempo en hacer cumplir este juramento. Tres meses más tarde, en julio de 1999, después de haber obtenido un sí rotundo en la votación para la creación de la nueva Asamblea Constituyente, se eligen a sus primeros integrantes. Según el investigador Carlos Blanco, *"para él, la Constituyente y la Constitución se presentaron como el único instrumento posible para generar las bases de esa nueva República, la Quinta, según su particular periodización de la historia venezolana"* (Blanco, 2002). En agosto presenta ante la asamblea un borrador de la nueva constitución, redactada por él mismo y, tras seis meses de debates y polémicas con la oposición, el 15 de diciembre de 1999, ve la luz la nueva Constitución de Venezuela, con un 71,78% de votos populares a favor. A partir de entonces, Venezuela pasaría a llamarse República Bolivariana de

Venezuela, estableciendo una ruptura con lo anterior y una asociación directa con la figura del Libertador.

La nueva Constitución, aunque aprobada por votación popular directa, introduce una serie de cambios ciertamente significativos para poder establecer juicios acerca de Hugo Chávez, acerca de su concepto de una república democrática y acerca de la era chavista en general. En cuanto al Poder Ejecutivo, el mandato presidencial se amplía a seis años y se añade la posibilidad de reelección. También se crea la figura del Vicepresidente Ejecutivo, quien debería ser designado por el propio presidente. En lo que se refiere al Poder Legislativo, se sustituye el cuerpo bicameral por una única Asamblea Constituyente con los mismos poderes que las dos cámaras antiguas, eliminando así al Senado y a los senadores vitalicios. El Poder Judicial, encabezado por el Tribunal Judicial Supremo, sería elegido tras previo filtro gubernamental. Se añaden dos nuevos poderes a los tres tradicionales: el Poder Electoral y el Poder del Ciudadano. Con respecto a este último, se crea el “Consejo Moral Republicano”, formado por el Controlador, el Procurador General y el Defensor del Pueblo. Se otorga el derecho al voto a los soldados y se elimina la aprobación de la legislatura como condición previa a la promoción de altos oficiales. Además, el gobierno se otorga la legitimidad para determinar la “veracidad, oportunidad e imparcialidad” de los medios de comunicación, adquiriendo poder para censurar a aquellos que no cumplieren con estos requisitos (Fernández, 2011).

Aprovechando el enorme respaldo que tuvo durante sus primeros años, Chávez utilizó la convocatoria popular directa para llevar a cabo las reformas estructurales que a su parecer le permitirían alcanzar la “revolución bolivariana”. Solamente entre diciembre de 1998 y julio de 2000, se realizaron en Venezuela cuatro procesos electorales distintos (el referéndum para la constitución, la elección de la Asamblea Constituyente, el referéndum de aprobación de la Constitución y la elección de relegitimación), además de la primera elección presidencial. Como consecuencia, en tan sólo dos años, juró su cargo como presidente de la República tres veces (Batalla & Ferrero, 2004). Esta circunstancia, aunque resuena evidentemente democrática, fue y sigue siendo amplia y duramente cuestionada por la oposición, quienes aseguran que se valió de una momentánea

popularidad para consolidar su poder y abrir las puertas a la intervención de las Fuerzas Armadas en asuntos estatales.

Entre los años 2001 y 2003 tiene lugar una violenta confrontación política entre el gobierno y poderosas fuerzas sociales y políticas opositoras, lideradas por medios de comunicación, grupos empresariales, gerentes de PDVSA (la empresa estatal petrolera), partidos políticos del pasado y militares descontentos (Maya, 2016). Chávez había empezado a decretar, obviando el debate político parlamentario, una serie de normas que amenazaban fuertemente a la propiedad privada y a la libertad individual. Es la época de la famosa y mundialmente conocida frase del general: “¡exrópiese!” ... *“exrópiese, y aquel edificio allá en la esquina, exrópiese... y ahí lo que está son unos negocios, exrópiese... y este edificio aquí cuál es, exrópiese, señor alcalde, exrópiese”*. Estudio Garabato (8 de febrero de 2010). Así expropia Chávez (Vídeo). YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=wizlL5acKEM>. Se empiezan a expropiar entonces empresas privadas, tierras, edificios y casas; se establece la propiedad estatal sobre el petróleo y se aumentan bruscamente los impuestos que debían pagar los inversores extranjeros. El gobierno de Chávez quería retomar el control sobre el sector estratégico nacional, el petróleo, interrumpiendo el proceso de privatización progresivo que estaba experimentando. La independencia de PDVSA, cuya actividad representaba el 70% de las exportaciones venezolanas y el 40% del total de los ingresos estatales, era de tal magnitud, que algunos analistas llegaron a calificarla como un Estado dentro del Estado (Batalla & Ferrero, 2004). Además, se lanzan una serie de nuevas medidas para contrarrestar la fuerte caída que el precio del barril del petróleo estaba sufriendo, provocando con todo esto una huida masiva y sin precedentes de capitales. Por último, en abril de 2002, Chávez decide destituir públicamente a gran parte de la cúpula de PDVSA, saltándose la meritocracia tradicional.

“Anuncio la destitución, el despido, de las siguientes personas... ¡ya está bueno!... ¡pa’ fuera!... Muchas gracias por su servicio, está despedido... Se convirtieron en saboteadores de una empresa que es de todos los venezolanos. Yo no tengo problema en rasparlos a toditos, si a toditos hubiera que raspar... Venezuela tiene como casi un siglo manejando petróleo, así que hay bastante

gente en Venezuela que sabe de petróleo... Venezuela afortunadamente tiene recursos humanos que reúnen las dos condiciones, aquellas que mencionaba Bolívar, moral y luces, talentos y probidad, y que no están comprometidos con ninguna cúpula... que están comprometidos con el país serio, con el país que somos y sobre todo con el país que vamos a ser, con el país que podemos ser, un gran país va a ser Venezuela, una Venezuela como está dibujada aquí en la Constitución, producto de esta revolución constituyente, pacífica y democrática. Con el Mazo Dando (22 de septiembre de 2016). Comandante Invicto: ¡en PDVSA no regía la meritocracia sino mitocracia! (Vídeo) YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=4VCf2aPMJd8&t=54s>

La confrontación de todas estas instituciones con el Estado alcanza un punto de inflexión y explota el paro petrolero en Venezuela, también conocido como Paro Nacional, donde altos directivos de PDVSA y de la organización gremial tradicional, FEDECÁMARAS, declararon una huelga general, paralizando las actividades laborales con carácter indefinido. La tensión era tal, que acaba desembocando en un golpe de Estado que fue capaz de destituir a Chávez por 48 horas, deteniéndole en la instalación naval de la isla de La Orchila, en el Caribe. José Antonio Fernández, experto en asuntos latinoamericanos, dijo en relación al golpe: *“fue la estación terminal de un largo proceso político, a lo largo del cual Chávez fue perdiendo el apoyo de la clase media, de la Iglesia, de los medios de comunicación, de los empresarios, del sindicalismo y la clase obrera y, finalmente de la Fuerza Armada Nacional”* (Fernández J. A., 2002). Durante dos días, Pedro Carmona Estanga, presidente de FEDECÁMARAS, se establece como presidente de la República, disolviendo la Asamblea Nacional y suspendiendo a varios altos cargos. La presión popular en las calles, el no reconocimiento del nuevo gobierno por la mayoría de los países vecinos, y la acción de militares todavía leales al gobierno, traen de vuelta al presidente al Palacio de Miraflores.

El riesgo de volver a ser desalojado del poder mediante una consulta revocatoria formulada por la oposición, llevó al comandante a buscar fórmulas para contrarrestar de forma inminente las amenazas. Con la ayuda de Cuba, implementa el programa social más visible y de mayor éxito en la historia de su mandato: las misiones sociales, “un

proceso de inclusión social masivo y acelerado financiado por la nueva forma de utilizar la renta petrolera” (PNSB, 2007). Se plantearon como un mecanismo ágil de asistencia a los sectores más cercanos al gobierno, pero se desarrollaron al margen de la institucionalidad vigente, pues no se tenía en absoluto la capacidad para afrontar tales respuestas sociales. Las misiones tuvieron una grandísima acogida social y fueron amplia y positivamente valoradas por las clases sociales más bajas, permitiendo relanzar los nexos entre el gobierno y la población más depauperada (Arenas, 2010). En diciembre de 2005 tienen lugar unas nuevas elecciones parlamentarias y Chávez vuelve a ganar con el 100% de los votos. No es que de repente la confianza en el presidente hubiera renacido, sino más bien todo lo contrario: los principales partidos opositores a Chávez decidieron retirarse de la votación, antes incluso de su celebración, alegando que el fraude iba a ser evidente.

Cabe resaltar, llegados a este punto, la problemática de la caracterización y el estudio de los resultados electorales en la época chavista. En líneas generales, basándonos objetivamente en los hechos y en la opinión de muchos autores reconocidos del estudio del chavismo, como por ejemplo Margarita López Maya, Hugo Chávez solamente perdió unas elecciones en toda su vida, las de 2007, de las que más adelante se hablará. No obstante, no se debe olvidar que el organismo electoral en Venezuela durante la época del chavismo fue creado en 1999 por el propio Chávez y su nueva Constitución, sustituyendo y eliminando al organismo anterior, a las personas que trabajaban en él, y posicionando en la cúpula a personas afectas al general. Además, son varias las ocasiones en las que la oposición chavista renunció a su derecho al voto por considerarlo inútil ante un órgano electoral corrupto. Entonces, ¿hasta qué punto es posible afirmar que el árbitro de todas las elecciones que tuvieron lugar durante la época chavista fue un árbitro imparcial? ¿Es posible que Chávez reconociera la derrota de 2007 únicamente porque lo contrario habría sido demasiado atrevido? *En el caso venezolano, el contexto político e institucional en el que actúa el máximo organismo electoral ha condicionado su composición, sus decisiones y su credibilidad. En suma, al estudiar el CNE venezolano no se puede eludir el carácter híbrido del régimen político venezolano en el que las elecciones no son el único juego de los políticos (Álvarez, 2009). Al igual que muchos apoyan la objetividad y la legitimidad del trabajo de esta institución, otros muchos afirman que tal imparcialidad*

nunca existió, descartando por lo tanto la clasificación de demócrata del período chavista. El debate continúa abierto.

La estrategia de abstención de la oposición, aparte de “caldear” el ambiente y las protestas sociales, no hizo sino empoderar al presidente, quien empezó a fortalecer su personalismo en detrimento de las instituciones. El modelo de desarrollo, que desde sus inicios había tenido un alto grado de confusión, se dirige ahora hacia el “socialismo del siglo XXI”, *confuso también, pero tan o más “rentístico” que el modelo de desarrollo industrialista* (López Maya & Lander, 2007). De cara a los comicios presidenciales de finales del año 2006, la oposición empezó a plantear la idea de escoger a un único candidato mediante unas primarias y con el fin de aglutinar fuerzas contra el comandante, quien empezaba a parecer casi invencible. Sin necesidad de que las primarias tuvieran lugar, los candidatos se pusieron de acuerdo, y Manuel Antonio Rosales Guerrero quedó al frente de la oposición. Por su parte, Chávez fusiona su partido (MVR) con otros para formar el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV) e inicia una campaña electoral basada en esta nueva idea del “socialismo del siglo XXI”, en la “revolución socialista”, ideología “fundamentada en el amor”: amor al pueblo, amor por su patria, amor por Bolívar, amor que le impulsó a llegar a la presidencia... y amor que recibe de su pueblo y que le catapultó de nuevo a una victoria aplastante, con un 62% de aprobación, alcanzando así el porcentaje electoral más alto de la historia de la democracia de Venezuela. Pero esta revolución, en la realidad, no vino en forma “amor”. *“Yo creo que el Presidente Chávez se ha definido como un presidente muy popular, ganó con un margen importante, pero también creo que la oposición hizo algo muy importante, que es establecer la capacidad de unir con sólo un candidato y ganar un porcentaje del voto (casi un 40%) que también es significativo”* (Shannon, 2006). Se tiñen de una marea “roja rojita” las inmediaciones del Palacio de Miraflores, y Chávez pronuncia un discurso donde dedica la victoria a su análogo cubano de cargo, Fidel Castro, y a los “*mártires de la Patria, que dieron su sangre en los últimos 500 años*”, anunciando una nueva época de profundización, expansión y ampliación de la revolución bolivariana y de la democracia revolucionaria en la vida de los venezolanos hacia el socialismo del siglo XXI (Arreaza, 2003).

... ¡que viva la victoria popular! ... tu destino estaba escrito. Allá en el horizonte se ve en esta línea hacia el oeste, iluminado en esta noche grande de victoria, Cristo el redentor con sus brazos abiertos ... junto al pueblo siempre... lo veo iluminado en esta noche de victoria y recuerdo una de sus palabras: “¡todo está consumado!”, así repito hoy como Cristo, todo está consumado, la gran victoria de la revolución bolivariana, otra gran victoria... es la victoria del amor, es la victoria de lo nuevo, es la victoria de lo bonito, es la victoria del futuro... y cuando recuerdo a Cristo, y digo Padre Nuestro que estás en los cielos y en la tierra, venga a nosotros tu reino, y el reino de Cristo es el reino del amor... de la paz... de la justicia... de la solidaridad... de la hermandad, es decir, el reino del socialismo, eso es el reino del futuro venezolano... Padre Bolívar, padre Nuestro, que estás en la tierra, en el agua y en el aire, todo lleva tu nombre padre... ¡tuya es la victoria Bolívar! Luigino Bracci Roa (17 de octubre de 2013) (2006) discurso de la victoria del comandante Hugo Chávez el 3 de diciembre de 2006. (Vídeo) YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=n90dGJH1VZc&t=2987s>

La expansión y profundización del socialismo a las que se refería el presidente escondían en realidad el plan más personalista que había tenido hasta el momento: quería realizar un referéndum para añadir una serie de modificaciones en la Constitución con el fin de “ahondar en la revolución socialista”, una “revolución” que encerraba la posibilidad de reelección ilimitada para el Presidente, la ampliación del mandato presidencial a siete años, el aumento del control de las reservas de divisas extranjeras, del Banco Central Venezolano y de la ordenación territorial del país, y el incremento de las competencias para la expropiación y para la censura de medios de comunicación. En contraposición, otorgaría a los trabajadores una serie de nuevos beneficios como la reducción de la jornada laboral a seis horas, la creación de un sistema de seguridad social para los autónomos y los trabajadores informales, y establecería el derecho a voto a partir de los 16 años. Además, con esta nueva victoria del comandante, Venezuela se vistió de verde militar. “Revolución Socialista, Patria Socialista a muerte. Porque de ahora en adelante, tendremos generales, almirantes, oficiales y tropas revolucionarios, antiimperialistas, socialistas... y chavistas, para que les duela más” (Tobar, 2018). No se debe perder de vista que las Fuerzas Armadas de cualquier país son un cuerpo que está al servicio del pueblo y para la protección del pueblo. Definiéndolas como chavistas, le están

atribuyendo una parcialidad política al cuerpo, añadiendo una más a la lista de instituciones “secuestradas” por las filas chavista. Así, Venezuela quedaría dividida en dos. Por un lado, estarían todos los partidos políticos que no fueran el PSUV, y, por el otro, quedaría un partido armado con el ejército en el que Chávez invirtió miles de millones de dólares. Si la oposición al régimen chavista había estado siempre liderada por grandes empresarios, por los partidos políticos tradicionales o por los sindicatos y patronales, esta vez Hugo Chávez encontró su máxima resistencia en los estudiantes universitarios. El anuncio del referéndum constitucional llegó a la vez que la clausura de Radio Caracas Televisión (RCTV), canal abiertamente contrario al gobierno, provocando la explosión por acumulación masiva de descontento de un movimiento social político, pacífico y estudiantil, que rompió esquemas en Venezuela.

En el fondo era querer controlar los medios de comunicación, que fue lo que le llevó a diseñar esta cosa de la hegemonía comunicacional, e ir encerrando la libertad de expresión hasta que sólo quedaba un pequeño espacio. El movimiento estudiantil del año 2007 es el hecho social más importante de los últimos 50 años, es un movimiento que surge en defensa de la libertad, de la dignidad y de los derechos humanos. Miguel Henrique Otero, Presidente y editor del Diario El Nacional

El Movimiento Estudiantil tomó la libertad de expresión y la no violencia como bandera en forma de mareas multitudinarias de manos blancas que bañaron el país. El argumento, además, era que la reforma violaba la propia constitución Chavista de 1999 (Tudesco, 2007) y, al contrario que la oposición de partidos y sectores tradicionales, los estudiantes contaban con un ratio de confianza popular amplísimo y promovían el voto y no la abstención. Esto empezó a ocasionar graves molestias en el gobierno. Así, varios medios de comunicación, funcionarios públicos del más alto nivel e incluso el propio Hugo Chávez, los desacreditaron públicamente, tildándolos de “*burgueses, hijitos de papi y mami, ricachones, fascistas, defensores de la oligarquía apátrida* e incluso *agentes de la CIA*” (Ayala, Torres, & Vázquez, 2010). El argumento no hacía sino cobrar fuerza, y otros sectores de la oposición se fueron sumando para movilizarse a favor del “no”. Incluso un ex ministro de las propias filas chavistas, Raúl Isaías Baduel, lo defendió

públicamente, argumentando que un sistema socialista era perfectamente compatible con la separación de poderes, que, además, debería ser el ideal en una democracia. Fue calificado de “traidor”. Se prohibieron las manifestaciones, se utilizó un uso desproporcionado de la fuerza contra los estudiantes y se clausuraron los medios de comunicación que habían demostrado apoyo al movimiento. Aun después de todos estos esfuerzos gubernamentales por callar el movimiento, el chavismo se encontró, por primera vez en su historia, con una derrota electoral. La famosa frase del “por ahora” que un día de 1992 le había convertido en símbolo de esperanza nacional, evidenciaba ahora el fracaso de las reformas y el principio de la pérdida de confianza popular.

La disminución de confianza fue en aumento, y, en las elecciones regionales de 2008, el PSUV pierde algunas de las alcaldías más importantes del país (entre ellas la de Caracas), que concentraban el 70% de la actividad económica nacional, evidenciando la polarización política entre clases sociales en Venezuela. A esta debacle política se le suma la crisis económica internacional, que en Venezuela se tradujo en una crisis de bienes primarios tremendamente impactante. Según Pablo Andrade, Catedrático de la Universidad Andina Simón Bolívar de Quito, ese año marcaría un antes y un después para el Presidente: *“En 2008 se inició una crisis de bienes primarios, y se dio la debacle de los precios, incluido el precio del petróleo. Esto da inicio a un declive muy fuerte y se debilita su liderazgo. Se puso límite a esa estrella en ascenso que era”* (Fernández L. R., 2011).

Chávez no encuentra freno alguno en las tantas y diversas formas que manifestaban la contrariedad de una gran parte del pueblo, y, gracias a la subordinación del Poder Judicial, a quien dispone a su total voluntad, encuentra recursos e interpretaciones para construir el marco jurídico-político de un régimen que empezaba a actuar paralelamente al constitucional (Alarcón, 2014). A diferencia de la situación en la que la Primera Carta Magna de 1999 se consensuó y se votó, la nueva propuesta socialista careció de consenso o debate alguno. Se vuelve a votar el referéndum constitucional que había perdido en 2007, y esta vez lo gana con un 54,36% de los votos populares (cabe apelar en este momento a la duda que sobrevuela la imparcialidad de las elecciones durante este período). Se anuncia entonces el inicio del “Tercer Ciclo Histórico de la Revolución

Bolivariana” para afianzar el Socialismo del Siglo XXI. La situación económica nacional e internacional apenas genera interés, y se continúa incrementando el gasto fiscal para poder seguir adelante con las propuestas socialistas (convertidas en promesas de campaña), entre las que destacan las ya mencionadas “misiones”, cada vez más clientelares y estratégicamente posicionadas al servicio de los intereses electorales del presidente (Maingon, 2006). Fruto de su estrategia socialista “antiimperialista”, aprovechando la situación de crisis económica internacional de los países que seguían el modelo capitalista y dada la emergencia de bienes primarios a nivel nacional, Chávez lleva a cabo una nueva expropiación masiva de empresas claves en el sector agroalimentario (café, arroz, y más tierras), de más servicios petroleros y de algunas industrias básicas como el hierro y el aluminio. Ángel Álvarez, director del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad Central de Venezuela, ofrece varias posibles razones por las que el Comandante inicia esta nueva oleada de operaciones: *“porque Chávez percibe que su modelo económico no es viable manteniendo activo al sector privado, porque eso implica márgenes de libertad de expresión y de libertad política que le bloquearían al poder y porque las encuestas marcan que acusa un deterioro en el apoyo popular”* (Fernández L. R., 2011). El destino de Venezuela queda completamente a su merced.

A partir de 2009 la subordinación del poder judicial era absoluta, muchos jueces fueron perseguidos, cesados e incluso encarcelados; decenas de medios de comunicación habían sido clausurados; el ejército actuaba contra el propio pueblo; la narrativa amigos-enemigos y los insultos públicos indiscriminados eran el pan de cada día, y el gobierno aplicó la estrategia de sentarse a esperar a que los precios del petróleo volvieran a subir para poder seguir operando. Mientras tanto, mientras la oposición esperaba a las elecciones presidenciales de 2012, mientras el pueblo continuaba polarizándose entre dos voces irreconciliables, mientras las instituciones habían sido secuestradas por completo, mientras la separación de poderes quedaba en el olvido, mientras la libertad de expresión mermaba por segundos, el país se fue sumiendo en una crisis global con cifras socioeconómicas de inflación y de pobreza análogas a las vistas a finales del siglo XX (Maya, 2016). Aquella Venezuela que un día había liderado los estándares de vida sociales y económicos de toda América Latina, desaparecía para no volver a asomarse. El 5 de marzo de 2013, a las 17:20, hora venezolana, Nicolás Maduro, vicepresidente de

la República y sucesor de Chávez, anunciaba el fallecimiento del general tras una lucha de casi dos años contra el cáncer.

Ideología Chavista

No existen demasiadas figuras a lo largo de la historia de cuyo propio carisma se haya derivado una corriente ideológica como tal; más bien suele pasar que determinadas corrientes tengan a grandes personajes históricos como máximos exponentes, como puede ocurrir con Iósif Stalin y Mao Zedong si hablamos de comunismo, o con Benito Mussolini si lo hacemos de fascismo. Sin embargo, guardando las distancias entre ambos, existen algunas figuras como Francisco Franco o Hugo Chávez cuyos mandatos, mezcla de varias ideologías diferentes, se han traducido en calificaciones muy personalistas derivadas de su fuerte carisma y personalidad. Podríamos hablar de nacional catolicismo, o de un autoritarismo conservador con fundamentos católicos, pero hablamos de franquismo; podríamos hablar de socialismo, de populismo, de comunismo o de una mezcla entre todas, pero hablamos de chavismo.

En el caso concreto en torno al cual gira este pequeño análisis, es prácticamente imposible entender el “fenómeno Hugo Chávez” si únicamente se estudian los acontecimientos históricos. La comunicación, su puesta en escena, su discurso y su forma de relacionarse con el pueblo son dignos de estudio. A continuación, se va a realizar una pequeña caracterización de este personaje con el fin de permitir que el lector alcance una imagen más global de este fenómeno venezolano y que entienda por qué, tomando las decisiones políticas y económicas que tomó, el país continuaba saliendo en masa para aclamar su discurso, y su figura e ideología han pasado a la historia de Venezuela convertidas casi en una religión.

Si hay un elemento común a la caracterización general de Hugo Chávez es sin duda el populismo. Según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española (2014), el populismo es una tendencia política que busca atraer a la clases populares. Muchos han sido los ejemplos de populistas a lo largo de la historia de América Latina, como Juan

Domingo Perón en Argentina o Alberto Fujimori en Perú, pero desde luego el caso de Hugo Chávez es destacable. Según el Doctor en Ciencias Políticas, Carlos Moscoso, de todos los elementos que caracterizan al populismo “*destaca en Chávez la retórica como “motivante” para la eficacia del populismo, ya que éste posibilitará la exaltación del pueblo, la denuncia del elemento antipopular y la expresión del líder.*” (Moscoso, 1990).

Efectivamente, su discurso nace como denuncia social contra las “élites” de los partidos políticos tradicionales, como una denuncia de desigualdad por incumplimiento de promesas, y razón no le faltaba. La caída en picado del precio del petróleo a finales del siglo XX había traído un descenso significativo y cada vez más acentuado en los niveles de vida de los venezolanos y, como ocurre en cualquier crisis, este descenso había sido mucho más pronunciado entre las clases sociales más pobres. Partiendo de esta situación, Chávez comienza a construir la imagen de un pueblo que está dividido entre las víctimas del sistema, el pueblo, y el enemigo contra el que hay que luchar porque supone un peligro para ellas, las élites. Establece un código binario amigo-enemigo que será inherente a su discurso a lo largo de los años, años en los que la lista de enemigos no hizo más que crecer: las élites eran el enemigo, pero también lo serían después el capitalismo, el imperio, Estados Unidos (“yankees de mierda”), los medios de comunicación, la oposición, los jueces, la iglesia, los manifestantes, los empresarios, los países vecinos... El que no está con el pueblo, está contra el pueblo, y como el pueblo es revolucionario, el que no está a favor de la revolución, está contra el pueblo; si los medios de comunicación, los empresarios o los jueces no están a favor de la revolución, están contra el pueblo; “el que no es chavista es escuálido”. La polarización acabó arraigando de tal manera que, como afirma Marcelino Bisbal, ya es un modo de vida en el país: “*La evidente polarización y conflictividad en la que vivimos, lejos de desaparecer y disolverse, ha ido acrecentándose por un discurso y una retórica de exclusión, confrontación y violencia. Es la presencia de la polarización política que ha ido creciendo y creando espacio de intolerancia y de no-convivencia, al punto que se ha venido convirtiendo en una forma de vida y cultura.*” (Fernández L. R., 2011). En aquellas ocasiones en las que durante el chavismo se vivieron momentos de máxima tensión como el golpe de Estado o el Paro Nacional petrolero, el comandante recurría a menudo al perdón, a la indiferencia o a la apelación al miedo. El recurso del “enemigo”,

de la idea de que estaban “conspirando contra él”, le servía para distraer a la opinión pública en los momentos en que su gerencia estaba siendo puesta en duda.

Además, él mismo se personifica dentro de este código binario: el pueblo es el amigo, el pueblo es revolucionario y él mismo es el pueblo. Dice en un discurso en Caracas en 2002, al cumplirse 6 meses de la restitución del hilo constitucional: *“Llegué aquí para quedarme, no habrá poder, no habrá campaña mediática posible o alguna que a mí me logre arrancar del alma de ustedes, porque en verdad ya no soy ni siquiera yo mismo, ya yo no me pertenezco a mí, yo soy de ustedes hoy y para siempre”*. (Fernández L. R., 2011), y dice en la campaña electoral de 2012, antes de su última reelección y posterior fallecimiento en 2013, unas palabras que reflejan a la perfección el fenómeno chavista y esta personificación en el pueblo: *“¡Chávez ya no soy no yo, Chávez es un pueblo!, Chávez somos millones, tú también eres Chávez, mujer venezolana, tú también eres Chávez, joven venezolano, tú también eres Chávez, niño venezolano, tú también eres Chávez, soldado venezolano, tú también eres Chávez, pescador, agricultor, campesino, comerciante, porque Chávez no soy yo, ¡Chávez es un pueblo!”* Telesur TV (17 de noviembre de 2016). Comandante Chávez: ¡Yo soy un pueblo, yo me siento encarnado en un ustedes! (Vídeo). YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=DmlwRGlnWCd>. Esta oratoria, dentro de un discurso de dualidad y polarización tan pronunciada, significaría que cualquier cosa o persona que no estuviera alineada con él, lo estaría contra el pueblo, porque él mismo era la encarnación de la voluntad del pueblo. Para Jorge Carrión, Doctor en Humanidades, esta dualidad es algo intrínseco al discurso del Presidente: *“Su retórica tiene un rasgo principal: la utilización del nosotros en el lugar de enunciación que lógicamente debería ocupar el yo. Aunque parezca una paradoja, el populismo es personalista. En la persona de Chávez se encarna el pueblo. Obviamente, esa identificación del líder con la masa conduce necesariamente a la exclusión de los no alineados. Los que no se reconocen con el “nosotros” pasan a ser ellos, los otros, los escuálidos, “la oposición.”* (Carrión, 2009)

El recurso de la historia, de la religión y de la raza serán bases fundamentales en su proyecto. Simón Bolívar se hace protagonista en el discurso de Chávez hasta tal punto que hoy en día todo lleva su nombre en Venezuela. Su oratoria gira en torno a la idea de que grandes héroes del pasado como Bolívar, pero también como Ezequiel Zamora y

Simón Rodríguez (junto con los que forma el Árbol de las tres raíces), lucharon hasta la muerte por un destino mejor, poniendo la soberanía nacional venezolana frente a los intereses imperialistas extranjeros, intereses y enemigos que siguen vivos hoy en día y contra los que hay que retomar la lucha. Fruto de esta identificación, la historia sirve para exaltar el patriotismo y también para sembrar en la imaginación la idea de un futuro mejor para la nación. La imagen de que todo tiempo pasado fue mejor se utiliza para motivar el cambio, pero también para aislar al pueblo de la situación en la que se encuentra. Afirma Juan Eduardo Romero, investigador de la Universidad de Zulia, que *“una idea de pueblo como sujeto histórico activo es efectiva, congruente y dinámica, permitiendo construir una base de apoyo para establecer una forma de socialización política, que al contrario del discurso puntofijista/populista, no tiene como actor primordial al partido.”* (Romero J. E., 2005). Sin embargo, todo esto no deja de ser una anacronía. Como concluyó en su día Simón Bolívar, *“los que hemos trabajado en la revolución, hemos arado en el mar”* (Fernández L. R., 2011)

El carisma de Chávez era sin duda su mayor cualidad y arma. Utilizaba un lenguaje muy sencillo, claro y didáctico que todos pudieran entender; se relacionaba “de tú a tú” con todo el mundo; hacía uso frecuente de anécdotas y de historias sobre su vida; recitaba poemas, cantaba el himno nacional y canciones populares a coro en sus discursos multitudinarios; se vestía con el famoso chándal de la bandera de la república y contaba chistes. Además, su descendencia racial, el hecho de ser la primera persona mestiza que alcanzaba la presidencia reflejaba la realidad social del país, hasta entonces opacada por los partidos tradicionales, un elemento que sin duda explotó. En su discurso, el pobre dejaba de ser la víctima que había sido anteriormente para formar parte de la solución; les presentaba como destinatarios del poder que él mismo les iba a otorgar para que salieran de la pobreza. De una forma casi romántica es posible afirmar que Chávez enamoraba a la gente, que llegaba al corazón del pueblo, apropiándose audazmente de la imagen de ese pueblo para generar otra imagen virtual de la voluntad colectiva. Bien fuera por su carácter intrínsecamente venezolano o por un profundo conocimiento de éste, el presidente logró generar una vinculación emocional tan fuerte que acabó por convertirse en un líder moral, más allá de las responsabilidades políticas. Establecido tal vínculo, el intercambio clientelar, tanto el simbólico como el material, le convirtieron en una especie de “padre de la patria”. Según Iván Abreu Sojo, profesor de la Universidad Central de

Venezuela, esta estrategia respondía a una propaganda con fines de integración: *“Mediante la propaganda de integración se trata de lograr la difícil unanimidad con la justificación de los intereses nacionales, es una manipulación de la conciencia colectiva.”* (Sojo, 2002).

Las habilidades de comunicación del presidente y su capacidad para darse cuenta del enorme poder y potencial que la información y la comunicación podían ofrecerle, son una circunstancia que sin duda permite establecer la diferencia con otros grandes políticos. Desde mayo de 1999 hasta enero de 2012, se transmitió semanalmente un programa de televisión, “Aló Presidente”, donde el propio Hugo Chávez, durante seis o siete horas (a veces incluso más), se relacionaba directamente con el pueblo. El presidente atendía al teléfono a cualquiera que llamase, se desplazaba a barrios, escuelas y centros, invitó a líderes internacionales “amigos” e incluso viajó fuera del país para mostrar a su pueblo “otras realidades”. Durante prácticamente todo su mandato, de forma semanal, casi como “sermón de domingo” y frente a todo el país, el presidente se encontraba con los ciudadanos y escuchaba y daba solución a sus problemas; se enfadaba, se emocionaba, bailaba, cantaba... transmitía sin ningún tipo de filtro o reparo respecto a su posición oficial. El uso de la micropolítica a través de un medio de alcance masivo le convirtió, literalmente, en la personificación de la solución a cualquier problema, en la legitimidad hecha persona (incluso si de insultar, expropiar, prohibir o echarle la culpa a otro se trataba), en un “exitazo”. Dice el escritor Boris Muñoz que *“Chávez recupera y actualiza el legado del populismo latinoamericano para darle la vuelta y sintonizarlo con la cultura visual de la posmodernidad.”* (Muñoz, 2010).

Esta retórica encuentra un freno en el año 2007, cuando el precio del petróleo cae, las revueltas sociales se disparan y pierde sus primeras elecciones. No se debe olvidar que el amplio margen de maniobra social que había tenido Chávez hasta entonces se debió casi por completo a la renta petrolera, pero estos recursos se estaban agotando y los índices de pobreza empezaron a estancarse. Es entonces cuando su estrategia da un giro hacia el “Socialismo del siglo XXI”. La pobreza seguirá estando presente en su discurso, pero como un reducto mínimo que será ampliamente contenido por el giro político hacia el nuevo socialismo, que garantizaría sin duda el cumplimiento de los Derechos Humanos

por estar fundamentado en la idea del “amor”, el mismo amor que cimentó en su día la obra de Jesucristo. Cabe destacar que Chávez utilizaba constantemente semejanzas con la religión católica por ser ésta la mayor creencia religiosa en el país. Esta “nueva corriente”, teóricamente sustentada en los valores cristianos de solidaridad, fraternidad, libertad e igualdad, se presentaría como un socialismo de carácter cristiano más que marxista, y serviría como legitimador universal. El “amor” justificaba las misiones sociales, pero también el proceso revolucionario, el lenguaje militar y la guerra. El camino hacia la Revolución Bolivariana sería una guerra pacífica en la que los revolucionarios estarían al servicio por su amor a la patria. Cada comicio electoral, cada referéndum, cada crítica sería una batalla que luchar para alcanzar el objetivo mayor: la Revolución Bolivariana, ahora también socialista. ¿Bajo qué percepción es posible que una guerra sea pacífica? En unas circunstancias de pobreza y hambre cada vez más acentuadas, la Revolución encontró una nueva forma de ser legitimada, se posicionó como la línea argumental para continuar con la lucha antiimperialista, germen de la desigualdad y la pobreza en Venezuela, pero también en toda América Latina y en el mundo.

La constante repetición de mensajes, año tras año y al existir muy poca evolución en su discurso durante más de una década, en conjunto con su tono didáctico y su carisma, resultaron en un evidente adoctrinamiento del pueblo, quien, literalmente, lo llegó a considerar la solución para todos sus problemas. La minimización del discurso de la oposición a través del cierre masivo de medios de comunicación y de constantes insultos y desacreditaciones le posicionaron como casi la única alternativa política posible. La alusión a planes maliciosos o a intereses ocultos para sacarlo del poder proyectaron la idea de que era un componente ciertamente valioso para el pueblo y que, por lo tanto, el pueblo tenía el deber de protegerlo, instaurando así la idea de cómo debían actuar. Chávez sembró la semilla de la ilusión del cambio, haciendo partícipe al pueblo de él, llamándolos a la batalla, a la lucha, estableciendo una misión a la que el pueblo debía sentirse llamado para recuperar su orgullo nacional: reconstruir Venezuela después de que la oligarquía, el imperio Español y los intereses liberales extranjeros le robaran su grandeza. La construcción de esta supuesta Revolución, fundamentada en recursos como la historia, los héroes venezolanos, los mitos, los valores cristianos, la raza o los pobres, contribuyeron a que su mensaje fuera entendido, aceptado y más tarde asimilado con total naturalidad por el pueblo venezolano. Chávez es el pueblo y el pueblo le pertenece a él,

es una figura insustituible, de vital importancia para la supervivencia de su país. Como resultado, no existe estabilidad política ni proyección de futuro sin él, sólo planes enemigos, peligro y oscuridad. Desde luego, si un solo adjetivo pudiera utilizarse para calificar la ideología de este personaje, más que populismo podría ser liquidez: utiliza la carta española, la carta indigenista, la carta yankee, la carta de Jesucristo, la carta de la pobreza, la carta del socialismo o la carta histórica según el momento lo propicie. Es una pulsión totalitaria en el sentido de que “todo lo quiere acaparar”. En una realidad social, política y económica tan compleja, es lo que a nivel académico se llama un oportunista ideológico, capaz de ir incorporando a su discurso, a lo largo de los años y según las circunstancias del momento, ideas y enemigos que legitimaran sus planes revolucionarios, pero que legitimaran también, quizás como fin último, la necesidad de mantenerlo en el poder.

Conclusiones

Si existe una idea clara acerca de este fenómeno ideológico que llegó para quedarse y que ha terminado arrasando Venezuela y convirtiéndola en una de las sociedades más peligrosas y violentas del planeta, es que las circunstancias en que llegó y el proceso en sí continúan estando rodeados de un amplísimo debate académico. Es cierto que la sociedad venezolana estaba pidiendo casi a gritos un cambio de rumbo a finales del siglo XX, pero ¿era éste el cambio que querían? ¿Se dio por una mezcla de errores políticos de los gobiernos adecos-copeyanos, o quizás los caudillismos militares corrían ya por las venas del país? ¿Existía un plan desde el principio, o las circunstancias hicieron que su propuesta inicial acabara derivando? ¿Era la ambición desmedida por el poder lo que llevó a Chávez a un autoritarismo de este nivel, o, por el contrario, su preocupación por el pueblo era real y simplemente se dejó malinfluenciar? ¿Es posible que la actitud alarmista de la oposición durante los primeros años tenga cierta parte de culpa en la detonación de esos aires de dictador déspota de Chávez? ¿Hasta qué punto la relación “paternalista” con Fidel Castro es la culpable del giro hacia el Socialismo del siglo XXI? Si no hubiera sido por la estructura petrolera-rentística que se había enraizado en el corazón de la economía venezolana, ¿hubiera sobrevivido el chavismo? ¿Cómo es posible que la oposición haya sido, hasta el día de hoy, incapaz de organizarse correctamente? ¿Es posible que esta falta de organización sea producto de una política chavista muy eficaz de “divide y vencerás”? o, por el contrario, ¿es posible que la oposición también haya disfrutado de beneficios económicos durante este período y sea ésta una de las causas por las que no han acabado de formar un frente eficaz? ¿Fueron veraces todos los resultados electorales o por lo menos alguno de ellos o, desde el principio, el órgano electoral estuvo manipulado? ¿Hubiera permitido Chávez que la situación alcanzase los grados de violencia extrema que han resultado durante el mandato de su sucesor, Nicolás Maduro? ¿Es posible que fuera Chávez el elemento apaciguador que frenaba los impulsos criminales de las personas que le rodeaban y que ahora están en el poder? ¿Es tan grande la dependencia actual de Venezuela hacia Cuba, que la caída del segundo podría significar la caída del primero? Lo que sin duda es evidente es que el listado de dudas que rodean al tema puede ser casi interminable, pero por el momento y en base a este trabajo, las conclusiones que se pueden sacar son las siguientes:

1. Venezuela es uno de los países más ricos de América Latina y seguramente del mundo en lo que a materias primas se refiere. La fijación de sus líderes a lo largo de la historia por enriquecerse a costa de estos materiales, descartando casi por completo el desarrollo de cualquier otra forma posible de crecimiento económico se ha convertido quizás en una especie de maldición, esa que popularmente se conoce como “Síndrome de Holanda”. Primero serían las ostras, después los metales preciosos, más adelante el café y, finalmente, el petróleo. Aquellos materiales que sin lugar a dudas deberían haberle generado riqueza y desarrollo, irónicamente han sido los que más conflictos y pobreza han traído al país.
2. De todo el territorio sudamericano que el Imperio Español abarcó, Venezuela fue uno de los que más rápido avanzó culturalmente. Quizás por su posición geográfica, quizás por su cercanía con territorios colonizados por otros imperios, quizás por las características de su propia gente o quizás por una mezcla de todas. Siendo una tierra tan rica, no sólo en materias primas sino culturalmente hablando, no deja de ser una enorme pérdida y una gran tristeza para el mundo su situación actual.
3. La historia de Venezuela es un fiel reflejo de la dificultad crónica de su pueblo para organizarse de forma pacífica y democrática y para integrar pensamientos encontrados. La dualidad política no es exclusiva en absoluto de este país sino más bien una característica propia de cualquier estado, pero, en el caso de Venezuela, no ha existido régimen alguno en el que se aceptaran y se integraran todos los puntos de vista, ni siquiera durante el período de democracia. La Primera República fracasó por desacuerdo político. La Segunda, por ser hija de las armas. Durante el periodo caudillista, según quien estuviera en el poder, los partidos políticos de ideología contraria estuvieron prohibidos. El Trienio Adeco parecía iniciar una nueva época de inclusión ideológica, pero el desacuerdo político y militar volvían a hacer explotar por los aires el intento. Durante la democracia, los acuerdos fundamentales determinaron específicamente la ilegitimidad de algunas corrientes de pensamiento como el comunismo y, por lo tanto, la persecución de la oposición durante el chavismo no debe tomarse en absoluto como algo

novedoso. Sí lo fue quizás la forma en la que se hizo, su particular discursiva sobre “el enemigo” y el empleo indiscriminado del uso de la fuerza.

4. La personificación de la acción política ha sido sin lugar a dudas una de las características más representativas de la historia de Venezuela. Parece que el pueblo venezolano esté en constante búsqueda de una figura que venga para “salvarlos” de las circunstancias que se estén viviendo. Ocurre primero con Simón Bolívar, pero también después con José Antonio Páez, con Juan Vicente Gómez e incluso en cierta medida con Marcos Pérez Jiménez. Es posible que una de las múltiples razones por las que la democracia no terminó de arraigar en Venezuela sea precisamente por la ausencia durante este período de una figura de estas características. En su lugar, durante el puntofijismo el protagonismo estaba en los partidos y no en los políticos. Seguramente parte del éxito rotundo de Chávez derive de la vuelta al escenario político de una figura tan personalista.

5. No es posible tampoco obviar el carácter militar recurrente en los sucesivos gobiernos venezolanos. Si bien es cierto que la alianza del ejército con una ideología izquierdista sí fue novedosa en el país, la realidad es que las Fuerzas Armadas venezolanas siempre han tenido un papel muy importante en la política, siendo su propio fraccionamiento interno el causante de muchos de los cambios de régimen que tuvieron lugar antes de la democracia y siendo origen también del radical giro hacia el chavismo. Por lo tanto, a pesar de que la politización del cuerpo haya sido uno de los factores más criticados del mandato de Hugo Chávez, la realidad es que durante toda la historia de Venezuela solo ha habido cuarenta años (los del puntofijismo) en los que este cuerpo no estuviera politizado. El uso de los golpes de Estado como arma política son también una constante en el país.

6. Siendo posible afirmar que el período del puntofijismo fue una verdadera democracia, los partidos políticos siguieron teniendo un papel demasiado autoritario en Venezuela. Las clases políticas se comprometieron con la democracia únicamente a cambio del compromiso del pueblo con ellos. Los partidos realizaban elecciones libres, pero las únicas opciones que se podían votar eran las que mantenían en el poder a esas personas que un día se habían puesto de

acuerdo para traer la democracia al pueblo, como si de la devolución de un favor se estuviera hablando. Esta subordinación, que más adelante quedó evidenciada y acabó por explotar, desde luego no tiene un fundamento demasiado democrático. En ningún momento se otorgó al pueblo el poder absoluto de decisión.

7. La relación clientelar de los venezolanos con su gobierno ha sido y sigue siendo un hecho que, a priori, no parecen estar dispuestos a cambiar. El modelo de desarrollo que se estableció en 1958 en la realidad no cambió demasiado entre la democracia y Hugo Chávez, quien siguió actuando, al igual que lo hicieron durante el puntofijismo, como distribuidor de la riqueza nacional. Estando la economía tan fuertemente ligada a los precios del petróleo, las crisis que sufrieron ambos regímenes, la de la democracia a partir de los 80 y la de Hugo Chávez a partir del 2007/2008, fueron originadas por las crisis económicas, por el empeoramiento de las condiciones de vida que la bajada en los precios del petróleo en el mercado internacional provocó. La diferencia entre ambos reside en el punto de vista ideológico que juzgue la forma en la que esos beneficios se fueron distribuyendo.
8. Dependiendo también del punto de vista ideológico el nivel de democracia del mandato chavista, lo que sí es posible afirmar es que Hugo Chávez “secuestró” prácticamente todas las instituciones del país: el poder judicial, el poder legislativo (también por rendición de la oposición), los medios de comunicación, las Fuerzas Armadas, las fuentes de producción de riqueza del país y una gran cantidad de propiedades privadas.
9. Cabe destacar también que la imagen del pueblo venezolano acerca de lo que es una verdadera democracia y lo que es un comportamiento político legal o ilegal está bastante distorsionada. Hoy en día muchos son los que siguen considerando que Hugo Chávez fue un presidente democrático, pero en la realidad ni el puntofijismo ni el chavismo fueron democracias puras: la censura de la oposición no es democrática, los golpes de estado no son democráticos y cualquier acción

que coarte la libertad de expresión de un pueblo o de parte de él, la deslegitima por completo de la calificación democrática.

10. Por último, cabe dudar del verdadero carácter revolucionario de la “Revolución Bolivariana”. Una revolución es un cambio brusco o violento en el ámbito social, económico, institucional o moral de una sociedad. La Revolución Bolivariana nace desde el deseo de acabar con las élites políticas que habían generado tanta desigualdad en un pueblo que veía como sus condiciones de vida y oportunidades iban disminuyendo en detrimento de las condiciones de las élites, cada vez más ricas. La realidad “a toro pasado”, es que Hugo Chávez, al igual que las élites a las que quería derrotar, se enriqueció tanto que su fortuna se estima en cientos de millones de dólares. Aquellos ministros y personas más allegadas a Chávez vivieron y siguen viviendo en un mundo paralelo de riqueza ostentosa que choca de frente con la situación de emergencia humanitaria que está viviendo el pueblo.

Independientemente del grado de democracia que se le quiera atribuir al comandante, la realidad es que esta particular revolución sólo sirvió para cambiar el nombre de los integrantes de la élite venezolana mientras que el pueblo ha sido incapaz de superar sus diferencias ideológicas, cada vez más violentamente confrontadas, y mientras las promesas de libertad, desarrollo y riqueza siguen estancadas en un sistema clientelar petro-dependiente del que no parecen estar dispuestos a salir. Hablar de chavismo sin Chávez, una vez expuesto y entendido el fenómeno carismático y arrasador que fue, es ciertamente complicado. Si una opinión tuviese que ser arrojada al respecto, se podría decir que, aunque el elemento carismático haya desaparecido, el chavismo en Venezuela ha perpetuado en forma de una especie de “religión”. Ahora bien, también es posible pensar que las circunstancias de emergencia humanitaria y de extrema violencia que está sufriendo el país podrían hacerlo despertar como un día de finales del siglo XX lo hicieron. Por el momento, no parece que tengan muchos elementos a su favor.

Bibliografía

(s.f.).

- Abdala, M., & Elías, A. (2006). Los gobiernos progresistas en debate: Argentina, Brasil, Chile, Venezuela y Uruguay. Buenos Aires, Argentina: CLACSO (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales); PIT-CNT Instituto Cuesta Durarte.
- Alarcón, B. (2014). El desafío venezolano: continuidad revolucionaria o transición democrática. *CEPYG, Política, UCAB*.
- Álvarez, Á. E. (2009). El Consejo Nacional Electoral y los dilemas de la competencia electoral en Venezuela. *América Latina Hoy*, vol 51, abril, 61-76.
- Arenas, N. (2010). La Venezuela de Hugo Chávez: rentismo, populismo y democracia. *Nueva Sociedad*, nº 229.
- Arreaza, I. C. (2003). El discurso de Hugo Chávez: Bolívar como estrategia para dividir a los venezolanos. *BOLETÍN DE LINGÜÍSTICA*, vol.20. Ago-Dic. *Universidad Central de Venezuela*, 22-42.
- Ayala, M. L., Torres, A., & Vázquez, M. J. (2010). *En la lucha por la libertad de expresión: testimonios del movimiento estudiantil venezolano*. Sociedad Interamericana de Prensa.
- Barret, P., Chavez, D., & Rodríguez-Garavito, C. (2008). *The New Latin American Left. Utopia Reborn*. London: Pluto Press.
- Batalla, I. C., & Ferrero, L. (2004). *El golpe de Estado en Venezuela de abril de 2002 y su proyección internacional*. Montevideo, Uruguay: Universidad de la República, Facultad de Ciencias Sociales, Unidad Multidisciplinaria.
- Bistoletti, E. L. (2011). *Estudio sobre los orígenes del chavismo. El ascenso político del movimiento encabezado por Hugo Chávez en perspectiva sociopolítica*. Editorial Académica Española.
- Blanco, C. (2002). *Revolución y desilusión: la Venezuela de Hugo Chávez*. Madrid: Los libros de la Catarata.
- Brito, E. (04 de Febrero de 2020). El 4 de febrero: la muerte de la democracia y el nacimiento del autoritarismo. *El Nacional*.
- Burke, P. (1990). *La Revolución Historiográfica Francesa. La escuela de los Annales: 1929-1989*. Barcelona, España: Gedisa S.A.
- Caldera, R. (2013). *De Carabobo a Puntofijo. Los Causahabientes. La historia del origen de la democracia en Venezuela*. Cognitio. 7ma edición, pág 63. .
- Carrión, J. (11 de Noviembre de 2009). Colaboración en "Deconstructing Chávez". *La Vanguardia, Barcelona*, pág. 3.
- Corrales, J. (2007). *Explaining Chavismo: The Unexpected Alliance of Radical Leftists and the Military in Venezuela since the late 1990s*. Massachusetts: Amherst College, MA 01 002.

- Cruz, A. L., & Rivera, D. M. (2005). VENEZUELA ANTES DE CHÁVEZ: Auge y derrumbe del sistema de "Punto Fijo". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, No. 32, 2005, pp. 255-274.
- Damas, G. C. (1991). *Una Nación llamada Venezuela*. Caracas, Monte Ávila: Editores Latinoamericana.
- El Golpista Chávez, a un paso de la Presidencia de Venezuela. (9 de Diciembre de 1998). *El Mundo*.
- Ellner, S. (2001). El Potencial radical del chavismo: primer año y medio en el poder. *Perspectivas de América Latina, Número 120, Vol. 28, Septiembre*, 5-32.
- Espinosa, A. V. (1969). *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*. Madrid: Atlas.
- Farías, E. A. (1946). *Economía Colonial de Venezuela*. Caracas.
- Fernández, J. A. (2002). El fallido golpe contra Chávez. *Política Exterior*, 10.
- Fernández, L. R. (2011). *El discurso de Hugo Chávez (1999-2009): Una década de "hegemonía comunicacional" y "revival" propagandístico*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, Departamento de Historia de la Comunicación.
- Figueroa, N. S. (2006). Punto fijo y otros puntos, los grandes acuerdos políticos de 1958. Caracas, Fundación Betancourt. *Tiempo y Espacio*, vol. 18, nº 49. , 89 pp. .
- González, J. V. (2018). *Biografía del General José Félix Ribas, Primer teniente de Bolívar en 1813 y 1814*. Caracas: Editorial América.
- Gramsci, A. (2004). *Antología*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores, pág. 313.
- Herrera, L. F. (2013). Procesos históricos. *Revista de Historia y Ciencias Sociales*, nº 24, julio-diciembre, Mérida, Venezuela. .
- Jiménez, M. (28 de Julio de 2016). *Gobierno Bolivariano de Venezuela; Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información*. Obtenido de Vida y obra del Comandante Supremo Hugo Rafael Chávez Frías. A 62 años de su natalicio. : <http://www.radiomundial.com.ve/article/vida-y-obra-del-comandante-supremo-hugo-rafael-ch%C3%A1vez-fr%C3%ADas>
- Karl, T. (1996). The Paradox of Plenty Oil Booms and Petro States . *University of California Press, Berkeley*.
- Kornblith, M. (2003). *Del puntofijismo a la quinta república: elecciones y democracia en Venezuela (pags 160-195)*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Krzywicka, K. (2014). LAS RELACIONES ENTRE EL ESTADO Y LA IGLESIA EN VENEZUELA: DESARROLLO HISTÓRICO, NORMAS JURÍDICAS Y BASES INSTITUCIONALES. *CESLA, No. 17, 2014* , pp. 15-42.
- L. McCoy, J., & J. Myers, D. (2004). *The Unraveling of Representative Democracy in Venezuela*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Langue, F. (2010). *Rumores y Sensibilidades en Venezuela Colonial. Cuando de Historia Cultural de trata*. Horizonte C.A.

- Lucca, R. A. (2011). *El trienio adeco (1945-1948) y las conquistas de la ciudadanía*. . Caracas: Editorial Alfa.
- Maihold, G. (2007). *Venezuela en Retrospectiva*. Madrid: Iberoamericana.
- Maingon, T. (2006). El estado de bienestar social en Venezuela: el caso de las misiones sociales. *Ágora. Revista de Ciencias Sociales*; núm 14.
- Manrique, C. A. (2005). *Los gobiernos militares de Marcos Pérez Jiménez y Gustavo Rojas Pinilla: nacionalismo, anticomunismo y sus relaciones con los Estados Unidos (1953-1957)*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Markous, P. (9 de noviembre de 2018). La Venezuela saudita: cómo era vivir en el país del "dame dos". *La Nación*.
- Marta-Sosa, J. (1993). Problemas y agenda para la gobernabilidad democrática. *Nueva Sociedad, Caracas*, 35.
- Maya, M. L. (2003). The Venezuelan Caracazo of 1989: Popular Protest and Institutional Weakness. *Journal of Latin American Studies*, n°35. *In collaboration with Cambridge University Press*, 117-137.
- Maya, M. L. (2016). La crisis del chavismo en la Venezuela actual. *Estudios Latinoamericanos, Nueva Época*, n° 38, Julio-Diciembre, 159-185.
- Maya, M. L., & Lander, L. E. (2007). Venezuela: las elecciones presidenciales de 2006. ¿Hacia el socialismo del siglo XXI? . *Cuadernos del CENDES*, vol 24, núm. 64, enero-abril, 1-21.
- Mena, C. A. (2018). *Pacto de Avenimiento Obrero-Patronal - Delimitación del Campo de Batalla*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello (UCAB).
- Michelena, H. S. (1975). Proceso y crisis de la economía nacional 1960-1973, núm.1. *Nueva Ciencia, Caracas*, 123.
- Molina, J. E., & Baralt, C. P. (1999). Democracia venezolana en una encrucijada: elecciones nacionales y regionales de 1998. *América Latina, Hoy*, n° 21, 29-40.
- Moreno, A. A. (1974). *Breve Historia de Venezuela, 1492-1958*. Caracas.
- Moscoso, C. (1990). El populismo en América Latina. *Centro de Estudios Constitucionales (CEC)*, 52-55.
- Muñoz, B. (2010). "Cesarismo mediático" en los tele-presidentes: cerca del pueblo, lejos de la democracia. *Centro de Competencia en Comunicación para América Latina, Friedrich Ebert Stiftung*, , 85-99.
- News, R. d. (04 de Febrero de 2020). A 28 años del golpe de Estado de Hugo Chávez, Venezuela sumida en la peor crisis de la historia. *EV news*.
- OVV, O. V. (2019). *Informe Anual de Violencia 2019*.
- Philip, G. (2004). El Estado y el problema de la legitimación democrática en Venezuela bajo el sistema "Punto Fijo". *Foro internacional*, N° 175, 150-169.

- PNSB. (Septiembre de 2007). *República Bolivariana de Venezuela: Proyecto Nacional Simón Bolívar (pnsb), Primer Plan Socialista*. Obtenido de Desarrollo Económico y Social de la Nación 2007-2013: <www.mpd.gob.ve>
- Pro-Venezuela, A. (1979). *Nueva Concepción del Estado*. Caracas: La Asociación .
- Purroy, M. I. (1983, pág.284). *Estado e industrialización en Venezuela*. Valencia: Vadell.
- Rey, J. C. (1989). El futuro de la democracia en Venezuela. *IDEA, Caracas*, 258-259.
- Rey, J. C. (Octubre-Diciembre 1991). La democracia venezolana y la crisis del sistema populista de conciliación. *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)*; núm. 74.
- Romero, A. (1997). Rearranging the Deck Chairs on the Titanic: The Adony of Democracy in Venezuela. *Latin American Research Review*, vol. 32, núm. 1, 20.
- Romero, J. E. (2005). Discurso político, comunicación política e Historia en Hugo Chávez. *Revista Internacional de Comunicación Nº 13-14, Sevilla*, 357-377.
- Sabino, C. (1995). El sistema político venezolano: estabilidad, crisis e incertidumbre. *Contribuciones, KAS-CIELA, Buenos Aires*, 149-167.
- Shannon, T. (05 de 12 de 2006). Chávez Presidente reelecto. (B. Mundo, Entrevistador)
Obtenido de
(http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/latin_america/newsid_6205000/6205158.stm)
- Sojo, I. A. (2002). *Notas sobre la propaganda en la V República*. Universidad Central de Venezuela.
- Tarver, H. M. (2018). *The History of Venezuela*. Santa Barbara, California: Greenwood.
- Tobar, G. (Dirección). (2018). *Chavismo: La Peste del siglo XXI* [Película].
- Tudesco, S. G. (2007). La derrota de Chávez abre un nuevo horizonte político en Venezuela. *Publicación 314 de FRIDE*, 3.
- Valecillos, H. (1992). *El reajuste neoliberal en Venezuela*. Caracas: Monte Ávila.
- Yejan, S. (2016). *De 1908 a 1935: Juan Vicente Gómez. Presencia, dictadura y pretóleo*. Universidad Central de Venezuela. Escuela de Sociología : Caracas.
- Zavala, D. F. (1996). *Crisis y Política Económica: 1989-1996*. Caracas: Academia Nacional de Ciencias Económicas.